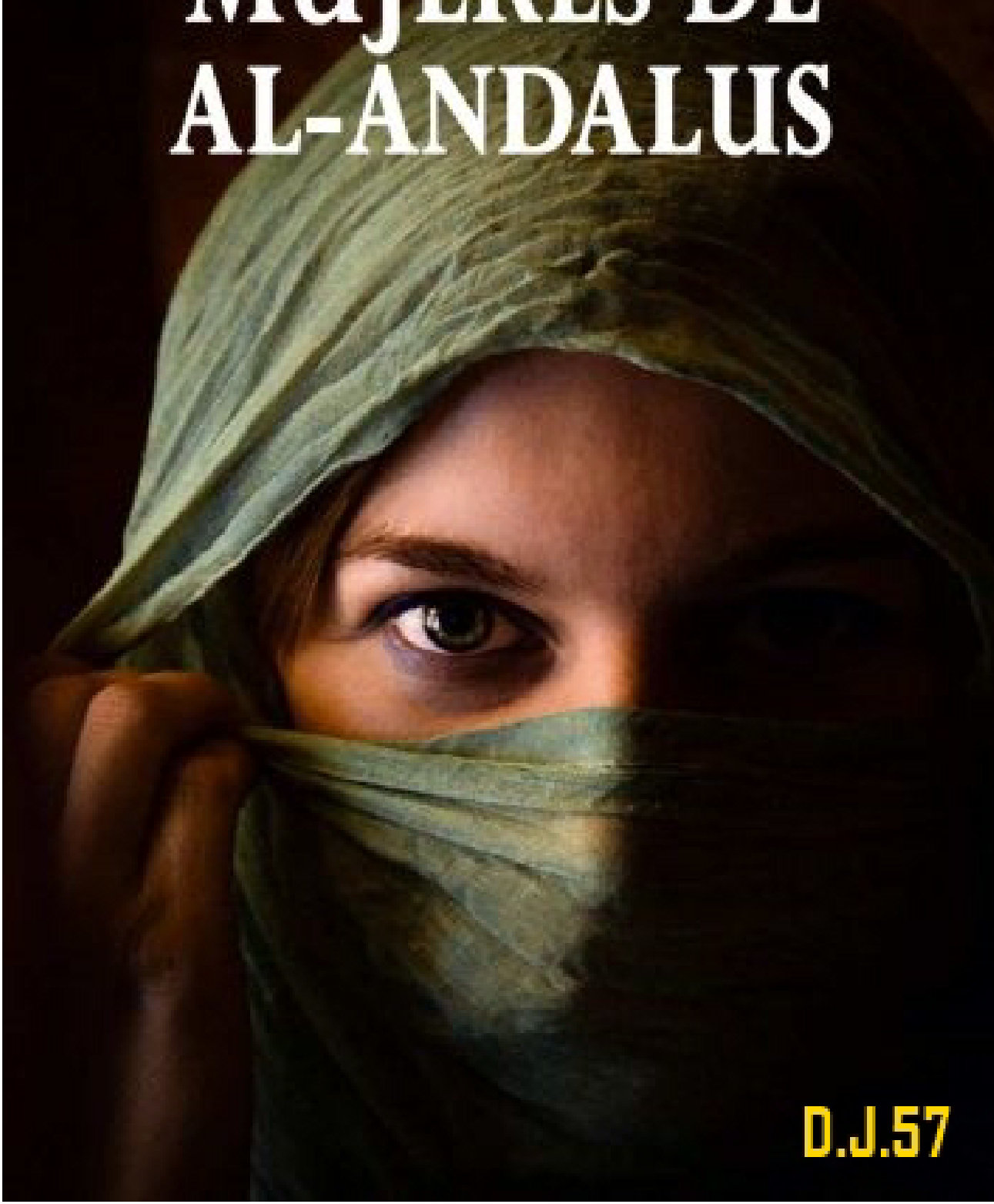


Teresa Ortiz-Tagle

MUJERES DE AL-ANDALUS



D.J.57

Te hallas ante la increíble historia de dos mujeres, Fátima y Asunta, abuela y nieta, y de su búsqueda de un enigma increíble que las llevará por medio mundo.

Por estas páginas desfilarán reyes, califas, grandes sabios, guerreros como el Cid Campeador o el terrible Almanzor y poetas como el gran Ibn Ammar. De su mano se librarán batallas, se ganarán y perderán reinos.

Pero al final, quedará una pregunta en el aire: ¿Qué es más poderoso, el amor o el odio? ¿Cuál es el verdadero motor del universo?

Fátima y Asunta, dos mujeres de Al-Andalus, hallarán en su última hora la respuesta.

DOS MUJERES DE AL-ANDALUS

Teresa Ortiz-Tagle

Título original: Dos mujeres de Al-Andalus

© 2018 Teresa Ortiz-Tagle (aka Javier Navarro Costa) (aka Javier Cosnava)

Portada: fotografía libre de los derechos de autor bajo Creative Commons CC0.

Queda prohibido, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

Todos los demás derechos están reservados.

DOS MUJERES DE AL-ANDALUS

1

LA HISTORIA DE FÁTIMA

I. Fátima y Abderramán III

¿Qué es más poderoso, el amor o el odio? ¿Cuál es el verdadero motor del universo? ¿Realmente hay un motor, un ingenio o artificio que guíe el sendero de los hombres?

En al-Ándalus no había separación entre las cosas sagradas y las profanas, todo formaba parte de un mismo universo regido por Alá, aquel que es uno, justo y creador de todas las cosas. Tal vez por eso desde la perspectiva musulmana debe narrarse esta historia, desde un mundo donde no había verdaderamente religiosos ni laicos, sino servidores del profeta Mahoma, y donde todas las cosas formaban una sola, sin las separaciones a menudo artificiales de otros universos, otras formas de ver la vida y la fe de los hombres.

En esta fábula hablaremos del amor más puro y del odio más absoluto, y trataremos de entender cómo dos personas, guiadas cada una por polos opuestos de designio y personalidad, pueden seguir en el fondo un mismo camino, tortuoso pero orientado a una única y aciaga meta. Quedará a juicio del lector decidir, más allá de sus inclinaciones hacia uno u otro planteamiento, cuál de las dos simétricas sendas terminó por ser más decisiva en la historia de la familia de los Conejos y la de España que, como ya ha quedado demostrado en estas páginas, acaso sea una sola.

Y comenzaremos por la senda de Fátima, una niña cristiana en la Córdoba de Abderramán III, una niña que asistió a una conversación decisiva entre el califa y el señor de la casa, una niña cuyo camino estaría siempre ligado al de un joven llamado al-Makarim el Virtuoso. Pero no adelantemos acontecimientos y centrémonos en Fátima, pues su historia es la génesis de la segunda y, por tanto, contando el principio de la primera en realidad contamos el principio de todo.

¿Cómo había llegado a Córdoba aquella niña que poseía el estigma de los tres pechos de la familia de los Conejos, unos cabellos rubios como el oro y unos brillantes ojos azules? Todo comenzó con Teudis de Les, un monje que vivía refugiado en San Pedro de Sirena. Nadie sabe (o acaso no quiera saberse) cómo pudo tener este monje una hija, pero Ailma nació en el año 868 de nuestro Señor, en una península ibérica todavía provincia del Imperio musulmán: Dar el-Islam. Sabemos poco de su madre, que debió abandonarla al nacer, y todavía menos de

su relación con su padre, que acaso la ayudara en sus primeros años o tratara de buscarle una familia de adopción, pero Ailma heredó el espíritu violento y exacerbado de los Conejos: se escapó con once años de la casa donde su padre la tenía hospedada y, al huir, cortó toda relación con sus antepasados. Acababa de nacer de nuevo.

Y ese nuevo ser vagabundeo por la Transierra, la franja entre las provincias gobernadas por los reinos cristianos y el emirato de Córdoba, esa tierra de nadie entre el islam y la cristiandad que, a fuerza de ser de nadie, pronto querrían todos. Pero no aún.

Sus viajes la llevaron de un extremo a otro de la península, de norte a sur, de este a oeste. Fue violada en dos ocasiones, y mató a sus agresores en otras tres. Caminó luego hasta el campo de la estrella, donde se decía que una estrella fulgurante había señalado dónde encontrar la tumba del apóstol, del santo varón Santiago, un lugar que no tardaría en contraer su nombre al de Compostela. La religión cristiana recibiría con aquel hallazgo un empujón decisivo en su lucha contra el islam, y cristianos de todas partes del orbe pronto harían el Camino de Santiago. Aquel hallazgo, real, interesado o fabricado, se convertiría en uno de los ejes de la cristiandad.

Sin embargo, a Ailma las estrellas, los apóstoles y las cuitas religiosas nunca le interesaron. Siguió su vagabundeo y se dice que fue pareja durante un tiempo de Daven, un viejo vikingo que había terminado quedándose a vivir en un lugar lleno de sol, un lugar tan distinto de su patria que lo tenía aún hechizado. Ailma se enamoró también, pero de su voz rasposa, que hablaba de grandes batallas, de cómo pasaron a cuchillo a la gente de Toulouse o de cómo robaron todas las riquezas de Nantes. Daven en persona había comandado un navío que remontó la ría de Arousa el día que saquearon Gijón. Cuando vio Lisboa se quedó deslumbrado por la belleza de una ciudad que antaño se llamara Olissipo y estaba ya ligada a la historia de los Conejos, aunque ninguno de los dos lo supiera. Nunca abandonaría la península ibérica.

Daven el vikingo era mucho mayor que ella y odiaba a los musulmanes, que derrotaron a su pueblo en Tablada y construyeron poderosas atarazanas para que no volvieran a hacer incursiones desde la costa ni por las desembocaduras de los ríos. La edad y el rencor lo habían vuelto un poco filósofo.

—El mundo es mucho más pequeño desde que los hijos de Odín no podemos

saquearlo —decía siempre—. Y no alabo el acto mismo de la guerra, las muertes, el fuego, la desolación o la rapiña. Hablo de un mundo en movimiento, un hermoso mundo en movimiento que nosotros hacíamos aún más inestable y por tanto real. Los reinos crecen y tratan de construir imperios sólidos como el acero, y la vida se vuelve estática, predecible, civilizada. Los cristianos aún conservan un ápice de cordura: no hay grandes ciudades, los reyes trabajan tanto o más que sus súbditos, son hombres y mujeres de verdad, con cara y ojos, imperfectos y tan bárbaros, a su modo, como un vikingo. Pero los musulmanes, tumbados en sus mullidos almohadones, leyendo poesía y reclutando a ejércitos de mercenarios... Ellos son los culpables de ese mundo estático que espero que tarde tanto en llegar que no lo vean mis ojos.

Y tenía razón. Sus ojos no lo verían. Porque aquel odio sin sentido lo llevó a la muerte. Un día feriado, Daven riñó con un musulmán cerca de una alquería sin razón alguna, solo porque había bebido demasiado y le pareció que aquel hombre pequeño no sería rival para un sueco de más de dos metros, pero la daga árabe que se clavó en sus costillas y luego le atravesó el corazón opinó lo contrario. El asesino nada sabía de los mares del norte, de la isla de Gotland y de todas las hazañas de los antepasados de aquel cuya vida estaba segando. Solo era un hombre, falible como tantos, fácil de herir con su hoja como la mayoría, listo para perecer como todos nosotros.

Ailma se quedó de nuevo sola. Tenía entonces treinta años y era una mujer hermosa, una de las más hermosas de la Transierra entre el Duero y el Tajo. No le costó encontrar marido en la persona de Enrique Fernández, un cristiano ya anciano que buscaba tener descendencia. Al viejo le importó bien poco no tener claro (o en realidad saber de sobra) si aquel niño rubio de ojos azules era suyo o de ese gigante vikingo del que todo el mundo hablaba.

Edmundo Enrique Fernández, que así se llamaba el niño de la estirpe de los Conejos que nació cuando recién comenzaba el siglo X, heredó de su madre la violencia de su sangre, la ira de la juventud y el deseo de huir a cualquier parte sin motivo alguno. De su padre sueco heredó el gusto por la vida en movimiento, siempre odiaría las ciudades que el destino lo obligó a transitar. Siendo también muy joven marchó de casa en dirección a cualquier parte. Dejó las tierras de los cristianos y pasó un tiempo en al-Tagr al-Awsa, la marca media, particularmente en la cora de Toledo. Su destino era Córdoba, la capital del Estado andalusí.

Trabajó en diversos oficios como aprendiz, desde ayudante de apotecario a asistente de un tratante de esclavos. Fue artesano, comerciante, embaucador y embaucado, soñador en un país de sueños y caminante por todos los caminos árabes y algunos cristianos. Incluso fue testigo de cómo Abderramán III alcanzó la independencia, porque ahora había un nuevo caudillo en el mundo árabe, pues Ubayd Allah había fundado el califato fatimí. Mas se trataba de un Gobierno fundamentalista chií, enfrentado desde siempre a los árabes sunitas de al-Ándalus. El emir Abderramán tenía claro que no quería servir a los nuevos gobernantes y que debía convertirse él mismo en califa para sobrevivir. Además, no quería perder el control de sus posesiones en el norte de África y debía asegurarse el oro que venía de Sudán, una de las bases de su economía.

Edmundo se enroló en el ejército del joven califa Abderramán III, y lo hizo como chico para todo (fundamentalmente palafrenero, pues se le daban muy bien los caballos) de los Banu Kudaa, una distinguida familia árabe recién llegada de Egipto. Vio caer a los enemigos de Abderramán uno tras otro. Primero, al rebelde Omar ibn Hafsún, que llegó a dominar un pequeño imperio que se extendía desde las cercanías de Almería a Algeciras. Su cuerpo acabó desenterrado de su tumba y crucificada su carne podrida al lado de la sus hijos, que habían proseguido en vano la rebelión. No le importó a Edmundo que el germen de aquella revuelta fuese el descontento de los mozárabes como él mismo con el trato que recibían del califa y sus súbditos. Era difícil ser cristiano en al-Ándalus, pero Edmundo estaba a gusto con todo y con todos, no se sentía extranjero en aquellas tierras ni tampoco las consideraba su hogar. Veía la vida pasar como una aventura interminable, y cada una de las trabas que la Administración le ponía por ser cristiano no le parecía un obstáculo diferente de los muchos otros que debía superar por haber nacido pobre. No se tomaba nada de forma personal. El mundo era un lugar inhóspito en ocasiones, tan solo debía ser más fuerte que el mundo. Así de sencillo era su razonamiento, así de formidable en su sencillez.

«Siempre debe buscarse un momento para la risa, incluso en la desgracia, en la pobreza, en el hambre, en la desolación o en la guerra», afirmaba a menudo. Cuando soltaba una carcajada borracho al final de una juerga, siempre decía a su audiencia, fueran amigos o completos desconocidos:

—Encá plorarás («todavía llorarás»).

Con lo que pretendía decir que mejor era disfrutar de aquel instante porque mañana o pasado, pronto sin duda, vendría la desgracia a abatirse sobre él y cuantos lo escuchaban. Era el sino de los hombres de su condición, y hasta de los grandes estadistas como Abderramán III.

Porque los árabes tampoco eran invencibles. A pesar de que el joven califa fue probablemente el mayor líder de su tiempo, a pesar de ser el primero en darse cuenta de que había que frenar los reinos cristianos a cualquier precio y evitar la expansión de asturianos, leoneses, navarros, aragoneses y el resto de reinos que se creaban o se fueran creando... Finalmente fue derrotado en Simancas y tuvo que replegarse hacia el sur.

Mediado el siglo X, Edmundo Enrique Fernández era ya un hombre adulto, cansado, que había estado en muchas guerras y había visto demasiadas cosas. Se apagó el fuego de su juventud, y además acababa de tener una hija a la que llamó Asunta. Como la discriminación que sufrían los mozárabes era muy violenta, decidió ponerle también un nombre musulmán, el de Fátima. Había entrado a trabajar hacía poco como palafrenero en las caballerizas de los Banu Kudaa, la misma familia musulmana para la que había servido en muchas batallas y finalmente en la de Simancas. Edmundo respetaba a los Banu Kudaa y quería un futuro para Fátima, así que decidió apartarse de forma definitiva de su antigua vida nómada y ser un buen padre. No aspiraba a nada más, y tal vez ese sentimiento sencillo de amor fue su legado y perduró en la personalidad de la niña.

Asunta, más conocida como Fátima, es la protagonista de la primera parte de nuestra historia. Nació en Córdoba en el año 949, en una hermosa casa muy cerca de la judería. Apenas tenía cuatro años cuando el califa Abderramán III entró en aquella vivienda y puso en funcionamiento el plan maestro del destino, un primer paso de una senda increíble y maravillosa que no tardaría la muchacha en recorrer.

* * * * *

Fátima jugaba en el patio interior, ajena a que el relato de su vida acababa de trastocarse para siempre. A su lado, tras descender a toda prisa desde la galería superior, se hallaba al-Makarim, el más joven de los hijos de Ayyub, el señor de la casa. Nadie sabía la razón de aquel nombre, pues al-Makarim en árabe significa «padre de la vida», «el virtuoso». ¿Qué razón pudo tener Ayyub para aquella elección, cuyo epígrafe onomástico completo era Abu al-Makarim Muhammad ibn Kudaa? A nadie le había explicado Ayyub la causa de tal osadía, un nombre pomposo y excesivo para cualquiera, máxime para un niño de tres años que aún no se había ganado con sus actos una cualidad con la que glosar la kunya (el patronímico) o un apodo para el laqab, la última parte de esos largos nombres islámicos que no comprendían los cristianos. Después de todo, no era más que un mocoso que había nacido unos pocos meses después que Fátima.

Jugaban pues los dos niños como niños que eran, sin saberse uno musulmán y la otra cristiana, sin saberse diferentes sino solamente niños. Por ello llamó su atención el revuelo que había en la casa, las carreras de los criados, algún chillido aislado de emoción. Salieron de su escondite, detrás de un pozo, un poco a la izquierda del pequeño estanque, de los parterres de camomilas y otras flores aromáticas. Los dos niños se asomaron brevemente justo en el momento en el que penetraba en la sala de recepción el gran califa de al-Ándalus, Abderramán III, que con casi sesenta y tres años estaba en la cima de su poder. Sus cabellos, una vez rubios, ahora eran algo canosos, por lo que se los teñía de negro. Se adivinaba el porte guerrero de antaño y su rostro no había perdido la fuerza de la juventud, pues sus ojos brillaban intensamente, enmarcados por una poblada barba y bigote también teñidos de negro azabache para evitar que surgiesen, aquí y allá, solitarias hebras blancas.

Ayyub estaba postrado frente al príncipe de los creyentes y repetía una y otra vez el honor tan grande que le había hecho al acudir a su humilde morada. Aunque en realidad no tenía nada de humilde, ya que se trataba de una de las más grandes y lujosas del barrio. Nadie lo habría dicho por la entrada y el zaguán que acababa de atravesar Abderramán, una sencilla pared lisa a modo de fachada y un pasillo que se retorció a la derecha para no mostrar qué había en el interior. Esto era así porque todo buen musulmán debía huir de la ostentación y

salvaguardar la intimidad del hogar de miradas indiscretas.

—Deberías haberme avisado de tu llegada, mi señor, y yo habría...

Abderramán detuvo la lengua de su súbdito con un gesto y asintió con benevolencia, sabiendo que el honor era inesperado pero también necesario.

—He tenido un sueño —dijo, sencillamente.

Como Ayyub quedó en silencio, prosiguió el califa.

—He soñado que mi reino era un ave fabulosa, tal vez un enorme e imposible pavo real que sobrevolaba los océanos. Era hermosa y perfecta, pero la perseguía un enorme cuervo negro y, por más que intentaba huir entre las nubes, sabía que el cuervo seguiría allí, acechando. Era consciente de que podía morir en cualquier momento y de que con ella se acabaría la belleza. —El califa suspiró hondamente y añadió—: He pensado mucho sobre el significado de este sueño.

Fátima puso la mano sobre la boca de al-Makarim, que había estado a punto de lanzar un suspiro al contemplar al gobernante de al-Ándalus, todo sedas y brocados, adornado con filigranas de oro y de plata. Vestía un tiraz de lino, una de las prendas más exquisitas que se conocían, concebido en los Tiraz, talleres que daban nombre a los tejidos de lujo que producían. Se trataba de una vestimenta de ceremonia, impropia de una visita particular. Sin duda, el representante de Alá en la Tierra se hallaba en medio de una recepción u otro evento oficial cuando había tenido la necesidad de acudir ante Abu Ayyub, lo que aún confería a aquel encuentro una pátina de excepcionalidad mayor y misteriosa. Al-Makarim mordió la mano de Fátima, que casi lanza un chillido. Los dos niños se miraron e intercambiaron una sonrisa cómplice, felices de estar presentes en una reunión de mayores, conociendo secretos que no les correspondían.

—Los sueños no son mi especialidad —dijo Ayyub—. Como bien sabes soy hombre de libros, un buscador de rarezas, pero mis conocimientos sobre el arte de los sueños son escasos. Recuerdo la sura del Corán en la que Caín encuentra el arrepentimiento al ver cómo un cuervo escarba en la tierra y se pregunta si no debería hacer lo mismo con su hermano Abel, al que acababa de asesinar. O aquella en la que Abraham le pide a Alá que le muestre el milagro de la resurrección y nuestro Señor le dice que despedace cuatro aves, una de las cuales es un pavo real. Y entonces...

—Ya sé lo que significa el sueño, y no he necesitado consultar ningún libro ni a ningún sabio de la corte —lo interrumpió Abderramán—. Llevo mucho tiempo en el poder, casi medio siglo, y hoy sé que la independencia de Bagdad y ahora de Mansuriyya no han solucionado todos nuestros problemas. Somos demasiados pueblos, demasiadas castas, demasiados poderes y cargos en al-Ándalus y estamos siempre enfrentados. Vagamos entre las nubes como un ave fabulosa, pero tenemos debilidades. Los cadíes, los aristócratas, los eunucos esclavos, los qaysies, los yemeníes, los bereberes, los muladíes, los judíos, los mozárabes...

Ayyub asentía, completamente de acuerdo. Su propia gente, los Banu Qudaa, eran originarios del Yemen, y de hecho habían tenido problemas durante siglos con los califas omeyas de Damasco, los antepasados de Abderramán. Su clan conocía bien la persecución y los enfrentamientos que no conducen a nada. Una parte de los suyos se había convertido al cristianismo monofisita y por eso Ayyub era especialmente tolerante con los cristianos mozárabes, el último de los pueblos de al-Ándalus citado por Abderramán y el más perseguido en la actualidad.

—Comprendo —dijo Ayyub sencillamente.

—No, maestro. No sé si comprendes todo lo que quiero explicarte. Yo tengo una visión de conjunto, acaso porque represento al Profeta en esta tierra y fui elegido para esta pesada carga. Apenas he sido feliz unos pocos días en toda mi vida, agobiado por las responsabilidades, y por ello puedo ver el contorno de ese cuervo negro que nos persigue: las diferencias religiosas entre sunitas y chiís; las marcas de la frontera con los reinos bárbaros cristianos, que están en manos de muladíes; cristianos conversos en los que confío porque es el mejor de entre dos males y porque no me queda más remedio, pero que sé que están prestos a la rebelión en cuanto vuelva a haber una cosecha pobre, campe la peste o la economía flaquee, y los mismos reinos de los bárbaros, que tal vez sean la parte mayor de ese cuervo mismo que nos persigue y trata de darnos alcance.

Abderramán pensaba acaso en la batalla de Simancas, en la que se había enfrentado a tropas del reino de León, de Pamplona y del condado de Castilla. Su primera derrota. Tuvo que huir del campo de batalla para no ser capturado, y su enfado fue tal que mandó crucificar a sus generales.

—Sea como fuere —prosiguió el Califa, lanzando otro suspiro—, en mi

sueño el ave fabulosa, que somos nosotros, se posaba en un gran libro cuyas páginas estaban en blanco. Sabía internamente que aquel libro debería estar escrito y que sus palabras serían tan sabias que la convivencia entre los diferentes súbditos de esta tierra e incluso con los reinos de los bárbaros... sería posible. Vi que el libro era uno entre un millón, y que solo un buscador de libros podría hallarlo o escribirlo. Dos conceptos ocupaban mi mente durante la visión: el primero, por supuesto, era al-Ándalus, pero al instante me fue revelado algo por el cuervo que me perseguía. Graznó una sola palabra: «España». Y entonces recordé un hecho curioso que aprendiera de mis maestros. No se sabe el significado real de la palabra al-Ándalus, que es como nosotros designamos a esta península que habitamos, a toda ella, tanto a los territorios bajo mi dominio como a aquellos bajo la égida de los bárbaros cristianos. Y curiosamente tampoco se sabe el origen de la palabra «España» o «Hispania», que los bárbaros utilizan en ocasiones para llamar a esta misma península. ¿No os parece algo demasiado casual para no tener un significado oculto que debemos desvelar?

Se hizo el silencio. Fátima y al-Makarim no habían entendido gran cosa y comenzaban a aburrirse con tanta palabrería de adultos. Ayyub, por su parte, había entendido demasiado y sabía que ahora el califa iba a ordenarle algo y que aquello iba a cambiar el sentido de su vida y acaso el de toda su familia.

—Quieres que encuentre de dónde proviene el nombre de al-Ándalus y el de España. Un misterio que nadie ha resuelto en siglos —dijo el anciano, apesadumbrado.

— No —repuso Abderramán, alzándose—. Quiero que encuentres una forma de alcanzar la convivencia entre los árabes, entre nosotros mismos para empezar, pero también con los reinos de los bárbaros. Sé que tal secreto se halla en el significado de la forma en que ambos pueblos llamamos a la misma tierra. Dedicar el resto de tu vida si es preciso, pero encuéntrame lo que te pido. No te faltará dinero para tal empresa.

—Así se hará —repuso Ayyub, inclinando la cabeza, sabedor de que no podía responder otra cosa.

Entonces Abderramán sonrió.

—Yo creo en el destino. Tal vez debas enseñar a tu hijo tu oficio y que él prosiga la búsqueda en caso de que se precise más tiempo. Incluso tras mi muerte o la de mis descendientes debe proseguirse esta investigación a través de

las generaciones. Parte de mi sueño me empuja a pensar que no será fácil. Quiero que haya siempre un miembro de tu familia trabajando en la resolución de este misterio porque en él se halla la salvación y el futuro de nuestro pueblo. Sí, creo que tu hijo pequeño representará un papel en esta empresa. El destino lo ha puesto en este lugar por algo, así que tal vez él sea el elegido para encontrar ese libro.

—¿Mi hijo? —inquirió Ayyub—. ¿Por qué hablas de mi hijo menor no hallándose en esta sala? ¿Acaso lo conoces? ¿Te han hablado de al-Makarim?

El califa alargó la mano y cogió de una oreja al niño, que sacó de detrás del baúl donde ahora se hallaba luego de reptar lentamente desde el patio interior hasta la qa'a, que así llamaban en árabe a la sala donde se recibía a los invitados.

—¿No es este tu vástago?

Ayyub parecía desolado.

—Sí, lo es, majestad. Perdonadme. No sabía que se encontraba en...

—Y esta muchacha, por su aspecto, no creo que sea vuestra hija —añadió Abderramán, cogiendo también de una oreja a Fátima y sacándola del mismo escondite—. ¿Tal vez una esclava cristiana? Porque creo que entre tu familia no hay bereberes.

La pregunta del califa era pertinente. Fátima poseía una hermosa cabellera rubia y tenía los ojos azules, herencia de su abuelo vikingo. En el islam era aún más extraña que en Europa aquella combinación genética, a excepción de algunas tribus bereberes que se habían mezclado con los vándalos germánicos que invadieron el Magreb siglos atrás, huyendo de los visigodos. Curiosamente, la familia gobernante, aunque se tiñesen el pelo como el califa, también tenían tez clara y los cabellos rubios.

—Es la hija de uno de mis asalariados, mi señor. Es bueno con los caballos y me sirvió bien en la batalla de Simancas, a mi lado y a vuestras órdenes.

Al oír el nombre de aquella batalla que tanto le obsesionaba, el rostro de Abderramán se ensombreció. Allí estaba precisamente el germen del cuervo negro que acechaba a su pueblo. No había podido frenar los reinos de los bárbaros porque era imposible frenarlos. Eran una realidad incontestable con la que tendrían que lidiar él y sus sucesores. Solo la convivencia entre ambas culturas podía salvarlos. Porque de una cosa estaba seguro y eso no se lo había dicho al maestro Ayyub: en su sueño, el cuervo negro al final daba alcance al ave

prodigiosa y estallaban ambos en una miríada de colores. Aquella explosión de luces lo despertó. No llegó a ver el enfrentamiento final, pero había comprendido aquella última revelación del sueño. Si una de las dos aves habría de perecer, no sería el negro pájaro de mal agüero.

—Cuídate del cuervo negro —dijo Abderramán crípticamente mientras abandonaba la estancia.

Y el gran Abderramán ibn Muhammad, el primer califa omeya de Occidente, se alejó con su cortejo y su guardia personal de la mansión de los Banu Qudaa dejando al amo Ayyub desolado, sabiendo que iniciaba una gran misión que no sabía por dónde empezar ni cuándo llegaría a su fin.

Nunca podría haber imaginado de qué forma se alcanzaría finalmente el éxito en aquella ingente tarea, ni tampoco que tardarían aún más de lo que hubiese soñado ni él ni el propio Abderramán. Exactamente 144 años.

II. Fátima y Almanzor

Ayyub buscó en primer lugar en la propia Córdoba el significado de al-Ándalus. Era una de las ciudades más hermosas y pobladas de Occidente. Más de quinientas mil almas, tal vez hasta un millón de habitantes, que la convertían en una urbe tan grande, se decía, como Bagdad, Damasco o El Cairo. La gran biblioteca califal, dirigida por eunucos, era la más importante de su tiempo. Centenares de miles de volúmenes que no dejarían de crecer en los años venideros. En ella encontró diversas explicaciones para el origen de aquel término, la mayoría difusas e imperfectas. Descubrió que ningún erudito se había dedicado en firme a aquella tarea, y tras meses de estudio solo había encontrado referencias sesgadas, hipótesis más que realidades. Y ni siquiera se había puesto a buscar el origen de «Hispania» o «España». El califa estaba en lo cierto: aquella sería una tarea colosal. En realidad, ni siquiera sabía por dónde empezar. Cada día, de paseo por la medina, iba al acabar la oración desde la mezquita hasta el zoco y contemplaba las ricas telas de los comerciantes, pensando en un regalo para su esposa o para sus hijos. No dejaba entonces de preguntarse si no debería después de todo haber rechazado el encargo. ¿Qué demonios se le había perdido a él y a su familia en todo aquel asunto? Pero había dado su palabra al príncipe de los creyentes, ya no podía echarse atrás.

Se entrevistó solo una vez más con Abderramán III. Fue en la nueva ciudad que había construido: Medina Azahara, la ciudad brillante. Se hallaba a tres millas de Córdoba, al pie de Sierra Morena. Se decía que la había construido por amor a su favorita, Zahara, que por ella había creado aquel paraíso de mármoles con su imponente muralla y sus maravillosas decoraciones geométricas en el que trabajaron los mejores artistas, venidos de un extremo al otro del islam, para erigir una de las grandes maravillas de su tiempo. Pero la realidad era algo más pragmática: Abderramán necesitaba una gran construcción que fuese el símbolo de su poder, un símbolo al que convertir en capital de al-Ándalus. De cualquier forma, el destino de Medina Azahara sería trágico, en el fondo como el destino de todos: hombres, sus creaciones artísticas y sus sueños de grandeza.

Fue una conversación breve. Abderramán tenía ya casi setenta años y sabía que su tiempo en este mundo se terminaba. Escuchó con atención las

explicaciones de Ayyub mientras paseaban por un fastuoso salón de mosaicos. Luego se detuvieron frente a un gran ventanal de alabastro. El califa suspiró:

—Nada de momento, por supuesto. Ya sabía que esa sería la relación de los hechos y de tus descubrimientos aunque la adornases con citas de sabios que conocían tan poco de la respuesta que buscamos como tú o como yo mismo. — Abderramán sonrió lánguidamente—. Sigue buscando, maestro Ayyub. La empresa valdrá la pena. Te lo aseguro.

—Así lo haré, mi señor.

Ayyub se marchó, seguido por la atenta mirada de los miembros de la guardia personal del califa, a los que popularmente se los conocía como «los hombres mudos», pues el emir Abderramán II, que derrotó a los vikingos en Tablada, había tomado a los prisioneros a su servicio. Nadie entendía en Córdoba aquella lengua germánica gutural, y el sobrenombre de «mudos» (pues era como si no hablasen) se había hecho famoso. Aunque de ello hacía más de un siglo, aún conservaban aquel pintoresco apodo. Poco podía imaginar Ayyub que, bajo su techo, Fátima era descendiente de uno de aquellos vikingos de Tablada.

Cuando la muerte alcanzó al califa, aún estaban terminando la maravillosa ciudad de Medina Azahara. Poco después murió el propio Ayyub, y por un instante la búsqueda del significado de al-Ándalus y de España quedó en suspenso. Pero no por mucho tiempo. A pesar de su corta edad, los Banu Qudaa dejaron su clan en manos del joven al-Makarim. Y no solo el destino de los suyos, sino el de aquella búsqueda maravillosa que iniciara su padre.

Fue entonces cuando algunos vieron señales de por qué Ayyub había puesto al pequeño el nombre de «padre de la virtud», porque con apenas veinte años se comportó con la sabiduría de un anciano, con la astucia que solo da la experiencia y que Alá había depositado en el muchacho para engrandecer los negocios de su familia. Al-Makarim fue capaz de llevar los asuntos de la casa y de invertir con éxito en las minas de plomo y en las de azufre, así como en un nuevo negocio: la fabricación de papel. Desvió buena parte de los activos de la familia a Játiva, donde estaban las mejores fábricas, y pronto la familia dobló sus reservas de dinares de oro, de dírhams de plata y de felús de bronce.

Todos alabaron a al-Makarim, siempre calmado, siempre con el gesto apacible de los sabios, siempre afable, regalando una sonrisa comedida a sus

amigos y clientes. Había nacido para ser un gran hombre. Ayyub lo intuyó desde el primer momento y ahora lo sabían todos.

Fátima, su compañera de juegos desde siempre, lo amaba en silencio. Y él se dejaba amar con la misma distancia e indiferencia virtuosa con la que abordaba todos los asuntos de este mundo. Al-Makarim llevó a la joven de un lado a otro como su ayudante personal. Una vez aseguradas las necesidades económicas de su clan, se entregó a la búsqueda que iniciara su padre: el significado de los dos nombres con los que las dos culturas dominantes, la oriental y la occidental, llamaban a la península ibérica.

Juntos, Fátima y al-Makarim visitaron la biblioteca de los samaníes, donde un día habría de estudiar el mismísimo Avicena; la biblioteca de Adhd ad-Dawla Deilamí y la gran biblioteca del Karj de Bagdad, en la orilla occidental del Tigris. Viajaron hasta Siria y luego a Egipto, donde fueron a las bibliotecas de los fatimíes, los enemigos de al-Ándalus.

Hollaron juntos todos los lugares del islam en un viaje de cinco años que Fátima recordaría toda su vida. Se hicieron hombre y mujer juntos, crecieron y descubrieron la vida. Para ella, al-Makarim siempre sería el faro que guiaría su existencia. Él, por su parte, no la llamaba Fátima, su nombre árabe, ni Asunta, su nombre cristiano, sino Tarab, «aquella que me produce la más alta emoción». Un término que se refería a la conexión entre el intérprete musical y el espectador, el oyente que llega al éxtasis al escuchar una música maravillosa. Abrazados en el lecho, al-Makarim acariciaba su diminuto tercer pezón y tañía el cuerpo de ella como si fuese un qanun, una cítara de la que solo él podía extraer aquellos gemidos magníficos que eran como música y que justificaban la existencia de Fátima y su sobrenombre.

—No me importa que seas cristiana —le dijo una vez al-Makarim—. No me importa que seas mujer. Para mí eres...

Dejó inconclusa la frase. Ser mujer en el islam no era cosa fácil: estaba sometida a su esposo. El hogar era el universo de ellas y el resto era el universo del hombre: vida pública, política, religiosa y económica. Pero así se había establecido aquella sociedad, que en esencia, y en aquel asunto, no difería gran cosa de la cristiana. Pero es que Fátima era precisamente, aparte de mujer, una «bárbara» cristiana. Ah, los bárbaros, esos hombres cerriles y montaraces que combatían a los ilustrados hijos del Profeta. Refinamiento urbano e industrial

enfrentado al universo agrícola y ganadero, sin apenas moneda propia o exportaciones, que caracterizaba la economía de los seguidores de Jesús. Así es como los veían los aristócratas de al-Ándalus, lectores ávidos y cultos, que vivían en una ciudad como Córdoba que ningún imperio cristiano podía soñar, pues no había ni una sola urbe en toda la cristiandad que llegase a los cien mil habitantes. El islam era la civilización, y estaba hecha por hombres y para los hombres.

—Para mí eres lo más hermoso del universo —concluyó entonces el joven, ajeno a los razonamientos secretos de Fátima.

Antes de que ella pudiese responder alguna cosa (si es que alguna cosa podía ser respondida), añadió al-Makarim:

—De una única alma, Alá extrajo un hombre y una mujer. Tú eres la mitad de mi alma, aquella que Dios separó en el primer instante del mundo.

¿Cómo no amar a un hombre que hablaba de tal forma? ¿Cómo no enloquecer de amor por aquel árabe profundo, instruido, hermoso y magnífico, por aquel «padre de la virtud» que la llevaba de un lado a otro del mundo conocido buscando el sueño del difunto califa Abderramán?

Porque la pareja visitó también en aquel lustro de viajes y románticas veladas los reinos cristianos, buscando en las bibliotecas monásticas una explicación para el doble enigma que guiaba sus vidas. Estuvieron en París, en Roma y en Montecassino, buscando un pequeño manuscrito iluminado que al-Makarim esperaba que arrojase luz al misterio del origen de la palabra «España». Se equivocaba. Luego subieron al norte, a San Galo, Murbach y Ratisbona; finalmente, siguiendo el rastro de libros en germánico sobre los visigodos y los vándalos, fueron hasta la Selva Negra. En la cristiandad siempre se encontraron con pequeñas bibliotecas. Es cierto que muchas escondían diminutos tesoros, pero solo unas pocas llegaban a los mil ejemplares, mientras que la mayoría atesoraban apenas unos cientos. En los reinos bárbaros de Hispania, en Navarra, León o en los condados de Castilla o Barcelona, se encontraron el mismo y desolador panorama de bibliotecas diminutas en monasterios de montaña. En Suso encontraron un precioso códice en latín con anotaciones en lengua romance y vasca. No sabían que se hallaban ante uno de los primeros testimonios escritos de las lenguas que un día se hablarían en la España del futuro. A lo sumo, llegaron a comprender que aquellos monasterios eran el sostén de la cultura en

medio de una sociedad rural entregada a las necesidades básicas, como la alimentación, el calzado o el vestido.

Y todo ello a pesar de que la Iglesia cristiana había sufrido terriblemente con la caída del Imperio visigodo. En otros tiempos fueron un poder magnífico, pero se habían quedado en nada con la llegada de los invasores árabes. De hecho, su búsqueda de protagonismo era uno de los vértices de la Reconquista, pues querían volver a ser una fuerza decisiva en la España del futuro. Por eso probablemente se habían encontrado oportunamente los restos del apóstol Santiago, porque la Iglesia también necesitaba mitos fundacionales, como el de Pelayo para los reyes de Asturias.

Finalmente, la pareja tampoco encontró ninguna explicación en los libros de las bibliotecas cristianas, o la misma que en las bibliotecas árabes: muchas hipótesis y ninguna realidad tangible. No les importó. Eran felices en su viaje y eran felices conociéndose a sí mismos.

Cuando regresaron a Córdoba gobernaba un nuevo califa, hijo de Abderramán: Alhakem II. No le interesaban las guerras, era un hombre pusilánime que dejaba en manos de subalternos el ejercicio de las armas, tanto las expediciones a los reinos cristianos que se retrasaban con el pago de los tributos como las respuestas a las incursiones bereberes o ante la presión del califato fatimita. Este era uno de los grandes problemas de al-Ándalus. Los príncipes, los nobles, la aristocracia... No tenían un talante belicoso. No pasaba como en los reinos cristianos, que el grueso del ejército lo formaban caballeros vasallos del rey, campesinos y hombres libres. Alhakem II basaba su ejército en contingentes mercenarios que traía de cualquier parte: del norte de África, esclavos comprados en el este y hasta prisioneros de guerra. También había reclutamientos forzosos, un servicio militar de seis meses para tribus árabes y sus descendientes y gentes de todo el islam, muyahidines, que acudían a la guerra santa contra el infiel. Pero el grueso del ejército seguían siendo mercenarios que solo buscaban su soldada.

—Un ejército como el nuestro es muy caro de mantener —le dijo un día Alhakem II al joven al-Makarim en la mezquita de Córdoba—. Los impuestos suben constantemente para poder mantener unas tropas que combaten en tantos frentes, al norte, al sur y hasta por mar.

El califa rompió a toser. Era un hombre de salud frágil que sabía que no

viviría mucho en este mundo y por eso quería disfrutarlo hasta el último momento, aprender de los sabios, recitar poesía y no preocuparse por las guerras, que tan solo le costaban dinero. Y el dinero, mientras pudiese gastarlo, no tenía el menor valor para él. Por ello apoyó sin dudarle el encargo de su padre Abderramán e incluso aumentó la asignación a la familia Qudaa. Al-Makarim había ido en persona a agradecerle al califa su gesto, pero este no le había dado importancia.

—Solo es oro y plata, querido amigo —le dijo Alhakem—. No valen nada al lado de esos libros maravillosos que tienes la ocasión de ojear en tus viajes.

La mezquita de Córdoba fue testigo de aquella última conversación entre los dos hombres, ambos sabios, ambos virtuosos a su manera, ambos víctimas de ese desapego hacia la realidad que da el exceso de erudición y el correr más páginas que pasos, más letras que vivencias. De alguna forma, su presencia en aquel santuario otorgó a aquella reunión un cierto aire místico, un cierto halo de grandeza. Al-Makarim siempre recordaría su paseo por el muro meridional, que el califa había derribado para ampliar aquella joya, una de las más grandes obras arquitectónicas de todos los tiempos. Ya no podía albergar a todos los fieles que la visitaban y se pretendía que llegase hasta casi tocar el río. Siguieron caminando mientras contemplaban maravillados los mosaicos de las cúpulas, aunque ambos declararon que, por muchas veces que acudieran, siempre se maravillaban de la altura de las arquerías, que se elevaban al cielo y se retorcían en una hermosa gama de blancos y escarlatas.

Aquellos dos hombres eran espíritus afines, tanto que el califa ni siquiera le preguntó cómo iban las investigaciones. La búsqueda era un objetivo en sí mismo, y Alhakem era feliz de pagar de forma espléndida a un hombre que usaba su tiempo en aprender de los libros y buscar la sabiduría aunque él no pudiese ver el resultado de aquella empresa.

Con el dinero del nuevo príncipe de los creyentes, al-Makarim hizo un nuevo viaje con Fátima, y regresaron a algunos de los lugares que ya visitaran. A la muchacha le pareció que su enamorado se despedía de ella, que aquel viaje era una suerte de regalo, un último vistazo a un sueño que ya nunca iba a regresar. Solo fueron dos años. Tras volver de este segundo viaje, el propio Alhakem II había muerto. Al-Makarim, por su parte, tenía ya una edad que lo obligaba tomar decisiones de adulto. Pronto cumpliría treinta años y ya no podía dedicarse tan

solo a viajar por todo el mundo conocido con una mujer como ayudante, máxime cuando a veces creía que había dejado de trabajar en la búsqueda que le había encomendado a su familia el gran Abderramán III y que tan solo viajaba por el placer de hacerlo, en una suerte de vacaciones perpetuas pagadas por el Estado. Así que tomó esposa, una hermosa mujer de pelo castaño y mirada lánguida, una árabe cananita llamada Anisa.

Aquello no le importó a Fátima, que se había criado en la cultura árabe y sabía que al-Makarim podía tener hasta cuatro esposas, aunque de hecho tan solo los muy ricos se atrevían a tal exceso, ya que el Corán apoyaba estas uniones, pero aconsejaba para evitar roces que las esposas habitasen en viviendas separadas, por lo que no todo el mundo podía mantener semejante tren de vida. Los Banu Qudaa eran pudientes, pero no tanto como para que el líder del clan se permitiese cuatro mujeres, así que al-Makarim solo tuvo dos. La segunda fue Samira, de etnia bereber, la hija de un famoso jinete norteafricano que había salvado la vida del maestro Ayyub muchos años atrás, durante una de las incursiones de Abderramán III. Estos esponsales estaban pactados desde hacía mucho tiempo, pues ambas familias habían decidido unir sus destinos, mas aquellas segundas nupcias afectaron a Fátima de una forma que ella misma no había previsto. Esperaba que al-Makarim la tomase como segunda esposa. No entendió que ya tenía una misión: la de ser su compañera de juegos, su ayudante en la búsqueda del secreto del significado de al-Ándalus y de España. Nunca sería su esposa. Además, al-Makarim ni siquiera se había planteado la idea de casarse con una cristiana, pues estaba prohibido. Tan solo la podía tomar como concubina (lo contrario, el matrimonio o concubinato de un cristiano con una musulmana, estaba gravemente penado). Tal vez Fátima lo sospechase, porque una mañana le dijo:

—Podría convertirme al islam y ser tu tercera esposa.

Al-Makarim volvió su hermoso rostro, ya de 32 años, pues había pasado otro lustro de su investigación y de sus vidas. Estaba tan bello como siempre, con su barba cuidada y muy corta, sus ojos negros como el azabache, vestido de una manera informal, con unos pantalones abombados y una camisa. Se hallaban juntos en la Alhambra, una torre aposentada en las colinas de Granada y que recibía precisamente ese nombre (al-Hamrā, «la de color rojo») a causa del ladrillo rojizo con el que estaba construida.

—¿Por qué habrías de hacer tal cosa, Fátima? Me consta que eres cristiana de corazón.

Los mozárabes seguían siendo perseguidos en al-Ándalus. Muchos optaban por convertirse, al menos de cara a las autoridades, y engrosaban las filas, cada vez más hinchadas, de muladíes. Pero el que se obstinaba en la fe de Cristo, aunque encontraba el respeto institucional del pueblo musulmán hacia las Gentes del Libro (junto a los judíos), lo cierto es por fuerza debía habitar en un barrio aparte, debía vestir, calzarse y peinarse de una forma diferenciada para poder ser distinguido como cristiano en todo momento y no podía llevar armas.

—Podría ser tu esposa si fuese una muladí.

Aquello pareció sorprender todavía más a al-Makarim, que enarcó una ceja y dijo:

—No hay nada más maravilloso que ser un hombre de letras. En al-Ándalus y en todo el islam, solo los elegidos pueden disfrutar en árabe de la prosa sin igual de Ibn Hazm en *El collar de la paloma* y en griego del tratado de Dioscórides. Juntos hemos recorrido el orbe y atesorado manuscritos en un centenar de lenguas. Pocos podrían haber viajado tanto, leído tanto, recitado tanto o amado tanto. Pocos podrían soñar con vivir lo que vivimos nosotros. Te he dado cosas imposibles para muchos hombres de mi pueblo e imposible para todas las mujeres. Eso debería bastarte.

—Pero yo querría ser tu esposa —se obstinó Fátima, aunque entendía su razonamiento.

Esta vez al-Makarim sonrió con una sonrisa cínica que contradecía de alguna forma su apodo del Virtuoso.

—Ser mi esposa no es un honor tan grande como crees, es solo ser una esposa. Tú eres Tarab, la que me produce el éxtasis, la emoción verdadera. El éxtasis cultural y filosófico es más importante que el carnal. Tú, más que nadie, deberías entenderlo.

De hecho, desde que se había casado no había vuelto a tomarla, y a veces Fátima se pasaba las noches en vela soñando con su antiguo amante.

—Ojalá volvieses a hacerme el amor como en Bagdad, como en Damasco, como en El Cairo, como todas aquellas veces...

Al-Makarim había vuelto su rostro hacia la Alhambra. Llevaban varios días de estudio en Granada y habían salido a dar un paseo por la colina de la Sabika.

Le pareció que el jefe del clan de los Qudaa estaba enfadado, que intentaba disimular su ira tras la máscara de impasibilidad que llevaba como una pesada carga desde niño.

Fátima no sabía, no podía imaginar, que nunca más volvería a tomarla, que desde que se casó eso había quedado atrás. Fue en ese momento cuando finalmente lo comprendió, y un halo de tristeza la acompañaría hasta el fin de sus días, incluso cuando pasaba horas o días enteros trabajando junto a al-Makarim. Una parte de ella se murió para siempre cuando comprendió que era la compañera de estudios del hombre al que amaba. Y nada más.

Fátima decidió seguir adelante; se casó con un curtidor de pieles y tuvo dos hijos: una niña que murió en la pubertad (y de la que jamás hablaba para no enfrentar el dolor de la pérdida) y un niño al que llamó Edmundo, como su padre, que había muerto una década atrás de unas fiebres. Fue testigo de la subida al poder del califa Hisham, una marioneta débil que pronto dejó en manos de sus subalternos no solo el tema militar, como había hecho su predecesor, sino absolutamente todos los temas de Gobierno. Era un asceta, un pensador elevado que amaba la filosofía, la meditación, la religión y todo aquello que no tuviese que ver con la realidad. Así pues, la realidad tomó su propio camino y este se llamaba al-Mansūr (Almanzor).

Era este el amante de la madre del califa, la concubina navarra Sobeya. Se trataba de la mujer más poderosa de todo al-Ándalus, una mujer que se enamoró de un joven escribiente que era conocido con el sobrenombre de Almanzor. Ya en tiempos de Alhakem tenía el antiguo escribiente cargos importantes en el ejército y la Administración, pero fue a su muerte cuando mostró su verdadero rostro. Como el pequeño Hisham no podía gobernar, se hizo cargo del poder, asesinó al hermano del califa fallecido y eliminó cualquier tipo de disidencia dentro de su círculo más íntimo, acallando o dando muerte al resto de figuras influyentes del Gobierno. Con el tiempo también se enfrentaría a Sobeya, concentrando todo el poder en sus manos y pudiendo en adelante prescindir de cualquier facción salvo la suya propia.

Almanzor convirtió al-Ándalus en una dictadura militar. Fue un gobernante y un estratega magnífico pero inmisericorde, que emprendió una batalla tras otra contra los bárbaros cristianos y en el Magreb contra los partidarios del califa fatimí de Egipto. Al-Makarim y Fátima lo acompañaron en varias ocasiones en

aquellas razias, como las de Barcelona, León, Santiago o Pamplona. Eran incursiones que realizaba cada verano para conseguir esclavos y ganado, y también para tener ocupadas (y bien pagadas) a las tropas bereberes que se había traído tras sus incursiones en el norte de África. Las necesitaba para tener controlada la aristocracia árabe y andalusí, cuyo apoyo no era en absoluto tan unánime como se pretendía aparentar.

No era extraño que historiadores, poetas, escritores y artistas de toda suerte y condición acompañaran a Almanzor y a otros generales musulmanes en las batallas. A menudo se organizaba un largo cortejo formado por la escolta de intelectuales y la impedimenta, caminando pesadamente en la retaguardia.

—He oído que acompañas al noble al-Makarim en su búsqueda —le comentó Lubna de Córdoba a Fátima en uno de aquellos viajes, durante una campaña en Castilla.

Lubna era una famosa poetisa, conocida por ser una de las promotoras de la biblioteca de Medina Azahara. Además, había sido secretaria particular del califa Alhakem hasta su muerte. Era, pues, un personaje poderoso, respetado en la corte y al tanto de todas las habladurías.

—Sí —repuso Fátima, bajando la cabeza—. Desde que era una niña lo ayudo y acompaño en sus viajes.

Pero ya no era una niña, y pronto habría de cumplir cincuenta años. Era una mujer adulta, en aquel tiempo muchos la considerarían una anciana, que caminaba hacia su ocaso con firmeza, sabedora de todo lo que había conseguido en este mundo pero también de todo lo que había perdido.

—Lo amas —dijo la poetisa como constatando un hecho, sin ánimo de dañarla o de entregarse al chismorreó.

Las palabras manaron solas, como un torrente.

—¡Cómo no habría de amar a un hombre tan virtuoso y perfecto, que forma parte de una civilización superior a la mía, un hombre inalcanzable al que no podré volver a besar!

De forma inconsciente había reconocido que una vez lo había besado, amado, yacido con él como esposa aunque nunca lo hubiese sido. Lubna comprendió que todo aquello era un hecho evidente, que el amor de Fátima era tan intenso que le corroía las entrañas. Tampoco le pareció extraño que ella hablase de una civilización superior, ya que el mundo árabe, mucho más culto y

refinado, seducía a artistas y pensadores.

—Ahora sé que solo soy una mujer cristiana —añadió Fátima—. Tengo mucho más de lo que merezco y he aprendido a ser feliz con ello.

Pero hablaba con un deje de tristeza porque habría preferido ser su esposa y quedarse en casa, que uno de los hijos que nunca tuvo con al-Makarim fuese su compañero de viaje y que ella pudiese abrazarlo en el lecho como mujer y no apoyarlo en su búsqueda intelectual, que de pronto le parecía poca cosa. Tal vez porque llevaba décadas teniendo eso... y solo eso. La parte cerebral de su enamorado.

—El amor a veces nos hace ver las cosas con un pálido velo y no nos permite disfrutar de lo que hemos conseguido. Dices la verdad cuando hablas, aunque tu gesto revele lo contrario, Fátima. Deberías contentarte de no ser solo una mujer en este mundo de hombres. No sabes la suerte que tú y yo tenemos y cuántas se dejarían cortar una mano gustosamente por estar en nuestro lugar.

En la sociedad islámica las mujeres estaban sometidas a muchas imposiciones, no solo las conyugales. Antes de casarse estaban bajo el dominio del padre, y luego sus dominios se circunscribían al hogar. Pero Fátima se había criado en un mundo musulmán y creía que su posición realmente debería ser aquella. Su propio matrimonio era una farsa, porque apenas veía a su marido y este finalmente había aceptado la situación, pues vivía holgadamente gracias a la posición de su esposa. Incluso había dejado su antiguo oficio de curtidor y se dedicaba a gastarse en vino el sueldo que recibía Fátima de al-Makarim.

—Pero es que solo soy una mujer —objetó.

—¿Solo? —inquirió la poetisa.

—¿Qué otra cosa podría ser sino una mujer cristiana? No tengo elección.

—Siempre hay elección, Fátima. Siempre la hay.

Lubna sacudió la cabeza y se alejó a caballo hacia la vanguardia del ejército. Su interlocutora, por su condición de cristiana, iba en una mula, pues los seguidores de Jesús no podían montar a caballo ni usar silla de montar, lo cual Fátima aceptaba también con resignación. Así eran las cosas y ella no podía cambiarlas. Tampoco lo intentaría jamás.

Finalmente, la expedición acabó de una forma inesperada. Almanzor se enfrentó a un contingente de tropas cristianas cerca de la localidad de Calatañazor. La batalla no fue una gran victoria como en otras ocasiones y acabó

con grandes pérdidas para ambos bandos. Por ello, al acabar el enfrentamiento, el contingente musulmán regresó a Córdoba de inmediato. Poco podían imaginar que aquella batalla más tarde sería enarbolada por sus enemigos como el enfrentamiento decisivo en el que fue herido de muerte Almanzor, pero lo cierto es que el dictador estaba perfectamente cuando mandó llamar a al-Makarim a su presencia. Quería hablar del encargo de Abderramán III, esa extraña investigación etimológica que por aquel entonces llevaban ya casi medio siglo realizando.

Antes de ir al encuentro del amo y señor de Córdoba, Fátima se pasó por la mansión de los Banu Qudaa para ir a ver a su hijo, Edmundo. Lo echaba de menos tras aquel largo viaje que no había reportado nada ni a las arcas del Estado ni a su búsqueda del significado de las palabras «España» y «al-Ándalus». Encontró a su hijo corriendo por el patio interior, detrás del estanque, junto al pozo donde una vez ella y al-Makarim jugaran al escondite. Fue el día en que Abderramán III les habló de su sueño del cuervo negro que perseguía a un ave fabulosa. La suerte de Fátima y de los Banu Qudaa cambió para siempre, y ahora su hijo Edmundo jugaba en el mismo punto con las hijas de su amado, unas niñas que podrían haber sido suyas pero que eran la descendencia de unas mujeres que nunca amarían a su esposo la mitad de lo que ella lo veneraba. Fátima sonrió. Edmundo era, como su madre, un espíritu dulce que se había hecho a la vida en aquella mansión y que se sentía a gusto en el mundo y las costumbres islámicas. Después de todo pasaba más tiempo allí que en el barrio mozárabe donde vivían.

Fátima dio un paso hacia su vástago, pero entonces cambió de opinión y no fue a su encuentro. La esperaba Almanzor, el hombre más poderoso de toda la península ibérica, se llamase esta Hispania, España o al-Ándalus.

* * * * *

El dictador tenía más de sesenta años, y en los últimos veinticinco había acaparado un poder absoluto. Ya no era el joven que se había entregado a una campaña tras otra contra los enemigos de su reino. Almanzor estaba cansado, y con ojos fatigados contempló a aquellos dos hombres de letras que habían venido a verlo. El término «hombre de letras» era muy respetado porque la búsqueda de la sabiduría se consideraba todavía, pese a las victorias militares del dictador, la más alta de las metas para el ser humano.

Al-Makarim y Fátima habían atravesado la judería y habían llegado hasta el alcázar, en cuyos jardines los esperaba el amo de Córdoba. Lo rodeaba un grupo de guardias bereberes con la espada desenvainada, mirando en derredor con gesto hosco y desconfiado y el rostro enmarcado en un turbante oscuro que les tapaba hasta la barbilla.

—Lleváis los dos mucho tiempo investigando por cuenta del califa Abderramán, de su hijo Alhakem y hoy en nombre de nuestro señor Hisham, a quien yo represento —dijo, mirando a al-Makarim—. Querría saber lo que habéis descubierto sobre el origen de al-Ándalus.

Al-Makarim tampoco era joven. Tenía 52 años y llevaba sobre sus espaldas miles de millas recorridas y miles de libros leídos en una batida por medio mundo tan enriquecedora como infructuosa. Le explicó que los escritos hablaban de la península ibérica como la isla de los vándalos, pues una vez la dominaron con sus correrías y luego pasaron al norte de África, lo que explicaba que hubiese bereberes rubios y de ojos azules.

—En bereber «isla de los vándalos» se pronuncia «tamurt vandalus», y en árabe «al-Jazirat al-Andalus», de donde podría proceder el nombre de al-Ándalus.

Almanzor miró a sus guardias, que eran todos morenos de ojos negros y profundos como un abismo. Luego miró a Fátima, que encajaba mucho mejor en la descripción. Chasqueó la lengua y dijo:

—¿Podría proceder? ¿No estás seguro?

Al-Makarim suspiró.

—Podría proceder también de la forma en que se pronuncia en árabe la palabra «Atlántida», que antiguamente se creía que podría hallarse en estas

tierras. Y volviendo a los vándalos, podría provenir de estos y otros pueblos germánicos que se establecieron en la Hispania romana. La gente los llamaba «los sin tierra», Landlose en germánico. Al-Ándalus podría ser la transcripción fonética, la forma en que suena en nuestros oídos ese término extranjero. O tal vez esa transcripción fonética proviene de otro término germánico, «Landahlauts», refiriéndose a los lotes de tierra que los visigodos repartían entre estos pueblos de emigrantes.

Se hizo el silencio. Los jardines del alcázar estaban transidos de colores verdes, enmarcados por el sonido burbujeante del entramado de acequias, fuentes y pilones con que los ingenieros desviaban el agua que llegaba del acueducto. Llevaban abandonados mucho tiempo, desde la muerte de Abderramán III, y las plantas se habían asalvajado trepando en todas direcciones, como en una selva. Aquel lugar sin ley era uno de los pocos donde Almanzor conseguía sosegar, huir de aquel mundo ordenado a través del desgobierno y la maraña de posibilidades infinitas con las que la naturaleza daba vida a sus hijos.

—Es decir, que no estáis seguros de nada todavía y que tal vez la búsqueda sea inútil o deba dilatarse en el tiempo otro medio siglo. O un siglo entero tal vez, dejándola en manos de tus hijos o nietos —dijo el dictador.

Al-Makarim inclinó la cabeza sin atreverse a responder. Almanzor volvió la vista de nuevo hacia Fátima, que estaba postrada desde el principio de la conversación, inmóvil y en silencio. Dijo el dictador, interpeándola directamente:

—Tienes un aspecto extraño para ser un hombre de letras, mujer.

Fátima se incorporó.

—Soy, en efecto, una mujer —dijo Fátima, aunque sabía que era evidente—. Y soy cristiana. Pero amo el islam y al-Ándalus y he servido a mi señor al-Makarim durante toda mi vida. También a los Banu Qudaa, a los que considero de mi propia familia.

Esta vez fue Almanzor quien permaneció en silencio, su boca torcida en un rictus desaprobatorio. Vestía una fina túnica roja y en la cabeza llevaba un sencillo bonete de fieltro que no podía ocultar su larga y negra melena rizada. Seguía siendo un hombre atractivo a su edad, los años de campañas lo habían fortalecido y retrasado la llegada de la senectud.

Fátima decidió que era el momento de cambiar de tema y pensó que aún quedaba por explicar al dictador el significado de «España». Relató que los nombres con que los pueblos anteriores a los árabes habían llamado al territorio de la península ibérica habían sido diversos, pues muchos eran los grupos, naciones, pueblos, familias y clanes que en ella habitaban. Los romanos la habían llamado finalmente Hispania, y un tal Isidoro de Sevilla había hablado del territorio unificado como «España», o más exactamente «Espanñas» o «Totius Spania», llamando al rey Suintila «soberano de todas las Espanñas». Luego de la invasión musulmana y la llegada de los abásidas, España había pasado a ser Isbāniyā en árabe. Ni siquiera en ese momento los reyes cristianos hablaban de España, sino que se consideraban reyes de León o de Navarra, cuando no condes de Castilla o de Barcelona. La palabra «Hispania» o «España» solo la usaban unos cuantos obispos, que añoraban los viejos tiempos de una península unificada en que tenían tanto poder como los reyes visigodos.

Fátima iba a adentrarse un poco más en el significado de España y en una hipótesis nueva que había desarrollado sobre el término fenicio «país de los conejos» cuando Almanzor le indicó que se callase con gesto airado. Dijo:

—Aunque esta segunda línea de vuestra investigación me trae sin cuidado, lo cierto es que el origen mismo de la palabra «España» os es desconocido, como sucede con «al-Ándalus».

Almanzor sacudió la cabeza y miró hacia el Guadalquivir, que quedaba a su derecha. Siguiendo la línea del río vio el alcázar; la mezquita, que había hecho ampliar de nuevo, e imaginó tras ella el zoco, la calle de los telares, la calle de los carniceros, la calle de los librereros y, ya fuera de las murallas, el resto de la ciudad de Córdoba. Le gustaba aquella ciudad y detestaba Medina Azahara, la teórica capital administrativa de al-Ándalus, tanto que se había construido su propia ciudad-palacio, Medina Alzahira, desde donde realmente gobernaba su reino.

—Resumiendo, mis queridos hombres de letras —dijo burlón—, que no sabéis nada, que lleváis medio siglo sin saber nada y que seguís sabiendo lo mismo que al principio —añadió, esta vez sin rastro de sarcasmo en la voz, como constatando un hecho.

—Hemos aprendido mucho —repuso al-Makarim—, y poseemos los conocimientos suficientes para, llegado el momento, saber interpretar el

documento que resuelva uno o ambos enigmas. Estamos cincuenta años más cerca del final de nuestra investigación.

—Una forma muy hábil de explicar el fracaso —rió Almanzor—. Pero no debes temer por tu salario o por tu misión, ni ahora ni en el futuro. No es por eso por lo que te he hecho venir.

Al-Makarim enarcó una ceja y se giró hacia Fátima, por un lado más tranquilo pero por otro preocupado. El dictador era imprevisible.

—Abderramán III dejó por escrito pocas instrucciones a su hijo, pero una de ellas fue que bajo ninguna circunstancia se impidiese vuestra investigación. Se debía seguir pagando generosamente por ella fuesen cuales fuesen sus frutos, se tardase el tiempo que se tardase. Afirmaba que el destino de nuestro pueblo dependía de ella y luego añadía algunas cosas absurdas sobre un cuervo negro y un ave fabulosa que vuela por la inmensidad de los océanos. Lo recuerdo de forma imperfecta. Lo leí hace mucho tiempo.

»Lo cierto es que creo que el gran Abderramán estaba ya algo senil cuando escribió toda esa sarta de estupideces, pero no soy yo quien se va a oponer a todo este asunto por unos pocos dinares. Respeto el significado de los sueños; sin embargo, hay algo de lo que no se habla en ese escrito del gran Abderramán ni en el contrato posterior que tu familia firmó con el Estado.

Almanzor miró directamente a al-Makarim.

—¿Qué no se dice, háyib? —repuso el erudito.

Porque en realidad se hallaba no ante un dictador, sino ante el háyib, el chambelán, el regente, la persona que gobierna en nombre del califa. Aquel era el verdadero cargo oficial de Almanzor, por más que de facto fuese un dictador y nada más que eso.

—No se dice en parte alguna que deba permitirse esta investigación a una cristiana.

Fátima abrió la boca para hablar, pero las palabras no surgieron. No sabía cómo defender su causa. No se había rebelado ante otras injusticias y esta era indefendible. Era cierto: había nacido cristiana y nunca se había convertido, aunque lo habría hecho por al-Makarim, pero este no se lo permitió. En cualquier caso, Fátima se merecía más que nadie seguir con aquella investigación y la conocía tan bien como su compañero. Es más, ambos eran almas gemelas que habían investigado juntos desde niños. Separarlos sería herir

gravemente la investigación y retrasarla años, tal vez décadas, y lo que era aún peor a sus ojos: la apartaría del último contacto que le quedaba con el hombre al que siempre habría de amar por encima de todas las cosas.

—Eso espero que pueda arreglase, háyib, pues...

—No te equivoques, al-Makarim —dijo Almanzor—. No te estoy aconsejando. Te informo de que en ese contrato se habla de una empresa de investigación que debe realizar la familia Qudaa. Son pues los Banu Qudaa los que deben realizarla, no alguien a su servicio, no alguien en quien deleguen y en absoluto una mujer cristiana... Sino ellos en persona. No se permitirá en adelante que nadie más aparte de los miembros de tu familia, miembros de sangre debidamente acreditados, continúen con esa búsqueda que Abderramán consideraba tan importante. Si esto no sucediera así incurrirías en un grave delito y seré yo quien decida la pena.

Dicho esto, Almanzor hizo una seña a uno de sus guardias bereberes, que comenzó a avanzar hacia la salida de los jardines. Al-Makarim iba a añadir alguna cosa, pero el dictador se había dado la vuelta y caminaba resueltamente en dirección a la siguiente reunión. Se decía que tenía veinte todos los días y que era capaz de manejar un sinfín de asuntos en persona, de estar informado de todo y de resolver mil pequeños problemas de ámbito doméstico, administrativo, militar y hasta religioso. ¿Qué sería de al-Ándalus el día que faltase un hombre que había acumulado en sus manos tanto poder? Nadie lo sabía. Nadie podía imaginarlo. Pero la hora se acercaba y el caos estaba a la vuelta de la esquina.

Fátima y al-Makarim se quedaron a solas, rodeados de reflejos esmeraldas obscenamente bellos, de árboles frondosos, de toda la naturaleza libre y desnuda de aquel lugar abandonado, acaso espejo de sus almas, que un día fueron una sola.

—No quiero renunciar a nuestros estudios juntos, ni a nuestros viajes, ni... —comenzó a decir Fátima.

—No hay nada que hacer. Ya has oído al háyib.

—Pero...

—No hay peros que valgan. Siempre serás mi Tarab, la mujer que fue música en mis manos, pero ya no volveremos a estudiar juntos, ni siquiera volveremos a coincidir en la misma sala para evitar a los espías de Almanzor. Podríamos acabar muertos, y tú la primera, que solo eres una cristiana. Tu vida vale mucho

menos que la mía y lo sabes.

Fátima se hincó de rodillas y trató de agarrarle las piernas a al-Makarim, que la rechazó violentamente, empujándola sobre el enlosado.

—¡Si me quitas tu presencia no me quedará nada! No soy tu esposa, no soy tu amante. Si tampoco soy tu ayudante... ¡Ya no seré nada!

—Siempre serás Tarab. Nos quedará el recuerdo de unos años maravillosos.

—Tarab es un concepto, una abstracción, un sueño.

—Tal vez eso fue siempre nuestra relación, Fátima —dijo al-Makarim, y no atreviéndose a añadir nada más abandonó el lugar a paso ligero, haciendo ver que no escuchaba los sollozos de aquella mujer que una vez le había producido el éxtasis más puro y ahora le oprimía el corazón con un dolor insondable del que no sabía si alguna vez se podría recuperar. Pero no frenó su zancada y se alejó de la tentación de regresar, besarla y tomarla sobre un lecho de hojas como cuando eran jóvenes. Ojalá no fuese tan frío, tan cerebral, tan insufriblemente virtuoso. Ojalá no fuese él mismo por una vez.

Pensó que no volvería a verla jamás.

Se equivocaba.

III. Fátima, los reinos de taifas e Ibn Ammar

El tiempo había pasado, insondable, y se había llevado lo mejor de su vida. Desde su casa en Silb, la ciudad que un día sería Silves, capital del Algarve portugués, Fátima tenía en brazos a su tataranieta. Vio un tercer, pequeño y casi invisible pezón; vio el color de su pelo, de un rubio casi blanco, características genéticas que habían saltado tres generaciones desde Fátima hasta aquella recién nacida. El resto de su descendencia era morena y de ojos negros, ni siquiera había castaños de ojos claros. No, los genes vikingos de Fátima habían esperado pacientes para salir de nuevo a la palestra y crear a una criatura hermosa y perfecta, tanto como lo había sido el amor imposible de su abuela por al-Makarim.

Fátima miró hacia la lejanía y recordó que pronto cumpliría un siglo. No había visto a su amado en cuarenta y ocho años, desde el día en que Almanzor la expulsó de su vida. Todavía había permanecido un tiempo en Córdoba viendo cómo al-Ándalus se hacía pedazos, porque a la muerte de Almanzor ni su primogénito Abd al-Malik ni su otro hijo Sanchul fueron capaces de evitar el derrumbamiento del califato. Menos de una década duraron los hijos de Almanzor en el poder, y tras su desaparición se desató una lucha sin cuartel entre tantas facciones que ni los más versados en la política andalusí eran capaces de contarlas. Medina Azahara fue destruida por los bereberes y se perdieron muchas y maravillosas obras de arte.

La guerra solo causa desastres.

En el año 1031 fue depuesto el último califa y el Estado se dividió en al menos veinte reinos de taifas, quedando una parte en manos de árabes y muladíes, otras de eslavos y el resto de bereberes, lo que mostraba una vez más los absurdos enfrentamientos en el seno del islam. No en vano, «taifa» significa literalmente «bando» o «facción».

Algunos de aquellos Estados de nuevo cuño duraron mucho tiempo, otros apenas un suspiro. El mundo se había vuelto del revés, y los reinos cristianos, que una vez habían pagado a Almanzor para que no los atacase, ahora recibían dinero de los musulmanes, unos impuestos llamados «parias». El pez pequeño amenazaba con comerse al grande porque este se había vuelto débil al

fragmentarse. Las aristocracias y los reyezuelos que regían cada pequeño territorio seguían sin tener vocación guerrera y sus ejércitos eran mayoritariamente mercenarios, lo que provocaba un peso añadido al erario público. Todo ello, más las parias y los gastos militares (por no añadir los enfrentamientos entre las propias taifas), empobrecían sin cesar a ese mundo en descomposición en que se había convertido el otrora poderoso califato. A menudo las taifas no podían pagar a sus ejércitos, que se rebelaban y hacían pillaje en las ciudades. El mundo musulmán en España, esa ave fabulosa que había soñado Abderramán III, necesitaba una capital como Córdoba y un Gobierno fuerte como el de Almanzor; sin ellos, el cuervo negro acechaba más que nunca, buscando su destrucción.

Pero cuando todo esto sucedió Fátima era ya viuda, se había exiliado en Silb, en la frontera occidental del antiguo califato, y tenía ochenta años. Pensó que no viviría mucho tiempo más porque el dolor de su corazón era tan inmenso que todos los días rezaba para no despertarse, pero al amanecer su viejo cuerpo la volvía a traicionar y los años seguían pasando. Así que fue testigo del ascenso de los avances cristianos en la península ibérica y de los intentos de Castilla por devenir un reino independiente de León, cosa que Fátima estaba convencida que terminaría sucediendo. Aquel territorio que había nacido como una marca, una tierra de nadie o Transierra, que separaba el Imperio musulmán del cristiano, fue repoblándose sin pausa por los transmontanos (gentes del norte que buscaban una nueva oportunidad) y creciendo poco a poco y de forma imparable. Fátima sabía que el espíritu de la Reconquista provenía del reino astur y que lo heredó más tarde el reino de León, pero tenía la sensación de que ese espíritu aglutinador que pretendía dar nacimiento a la España de todas las Españas que glorificara Isidoro de Sevilla, ese sentimiento nacional, iba poco a poco trasladándose de León a Castilla... Y que sería Castilla la que finalmente asestaría el golpe mortal a al-Ándalus.

Pero tal vez se equivocaba, porque como había dicho Almanzor ella solo era una mujer cristiana, alguien sin mucho valor ni inteligencia, alguien que debería estar sometida a su esposo y no buscar ser un hombre de letras. El lugar de la mujer estaba en el hogar; incluso uno de los grandes sabios del momento, el joven Averroes, pensaba lo mismo y así lo dictaminaba en sus escritos. Por eso su espíritu siempre había aceptado sin una queja los reveses de la fortuna: había

nacido hembra y ya había tenido demasiada suerte con las migajas de conocimiento y de felicidad que le deparó el destino, eso le había dicho al-Makarim. Debía contentarse con lo que tenía.

Entonces, ¿por qué no era feliz? ¿Por qué no lo había sido nunca en todos aquellos años? Fátima era un espíritu dominado por un amor imposible y condenado al dolor más intenso por haber perdido a su compañero intelectual y al ser amado. Ya nadie sería capaz de tañer hasta el éxtasis su corazón porque era una vieja resabiada con demasiada cultura y demasiados humos, una viuda con un hijo, cinco nietos y doce bisnietos.

En los últimos veinte años, mientras su descendencia se multiplicaba, había decidido que en realidad sí era un hombre de letras por más que otros más sabios que ella pensasen lo contrario. En la intimidad de su destierro había proseguido los estudios sobre el origen etimológico de al-Ándalus y España. Lo había hecho desde la humildad, sin poder gastar en grandes viajes ni visitar las bibliotecas más importantes del mundo conocido. Había recopilado textos de aquí y allá, en librerías modestas pero bien surtidas, como las de la propia ciudad de Selb, donde residía. Una vez había pensado que estaba cerca de hacer un gran descubrimiento. Era su vieja teoría sobre la forma en que los fenicios llamaban a la península ibérica: «país de los conejos», un animal pequeño, sabroso y abundante de cuya existencia nada sabían hasta que sus barcos llegaron a las costas de Gadir o de Tartessos. Tal vez fuera su orgullo o el deseo de no ver su vida completamente malgastada lo que nublaba su entendimiento, pero si estaba en lo cierto ya sabía de dónde provenía la palabra «España». ¿O tal vez se equivocaba?

Acaso solo fuera una vieja loca, todavía enamorada de un fantasma del pasado y aferrada a los viejos sueños que recorrieron juntos. De cualquier forma, estaba bien considerada en algunos círculos literarios y se mantenía viva a sus cien años, que no era poca cosa.

Cien: parecía una cifra increíble.

Recordando de pronto quién era y dónde se hallaba, miró a la última de los descendientes de su linaje. Era una niña hermosa y perfecta (¿o eso ya lo había dicho antes en voz alta?) y su nieto Omar se la había traído desde Sevilla, donde ahora residía, para que la conociese.

—¿No es hermosa? —dijo Omar.

—Eso mismo pensaba yo —replicó Fátima, feliz de no estar tan senil como a veces temía—. Pensaba que es tan hermosa y perfecta como ningún otro bebé que haya visto.

—Se llama Asunta, como tú. No solo por el tercer pezón o los ojos azules, ya lo había decidido antes de su nacimiento. Ha sido el destino. — Aquello llenó de ternura y amor el corazón de la anciana, que acarició el rostro de su bisnieta y luego lo besó.

—Siempre fuiste mi preferido. No se lo digas a tus hermanos ni primos, pero siempre ha sido así.

Ambos rieron, y luego de aquel momento de intimidad, Omar le explicó que se había convertido al islam y que Asunta ahora se llamaba también Fátima. Como la abuela, tendría dos nombres: Asunta y Fátima.

—Hemos sido cristianos demasiado tiempo —le explicó Omar—. Hemos vivido en al-Ándalus durante muchas generaciones. Somos tan musulmanes como cualquiera.

—Has hecho bien, querido —repuso la anciana—. Si tu corazón te dictaba esa línea de acción, es que era la correcta. Yo misma he usado siempre mi nombre árabe. Es lo mejor. Además, quedan cada vez menos cristianos. Las familias mozárabes se han ido convirtiendo con el paso de los años. Es el signo de los tiempos.

En ese momento entraron en la estancia el príncipe al-Mú'tamid y el joven pero sabio y erudito Ibn Ammar. El primero era el hijo del rey de la taifa de Sevilla, Muhammad al-Mú'tadid, y aunque solo contaba once años era un muchacho despierto que probablemente haría grandes cosas en este mundo. De eso Fátima estaba segura, pues tenía al niño en alta consideración y pasaban muchas horas juntos hablando de historia, de literatura y de filosofía. Respecto a Ibn Ammar, aunque era de orígenes humildes como ella misma, estaba dotado de una inteligencia tan extraordinaria que el rey de Sevilla lo había nombrado tutor de su hijo, al que había enviado a Silb para completar sus estudios. Como los espíritus afines terminan en muchas ocasiones cruzando sus caminos, aquellos dos jóvenes trabaron amistad con Fátima justo al salir de un hammam, los baños de la ciudad. El azar quiso que hallaran en una librería a una viejísima y excéntrica cristiana erudita que vivía a las afueras de la ciudad, en un barrio humilde pero en una casa hermosa, con múltiples criados y servidumbre. Porque

los Qudaa, y en particular al-Makarim, que aún estaba vivo, siempre habían cuidado de que no le faltase de nada.

Fátima se sentó a una mesa baja con su familia y sus invitados. Se ubicaron en un largo sofá que rodeaba la pared, apoyados en mullidos cojines. Nadie ocupaba la posición más alta, pues en el islam sentarse en una silla elevada estaba reservado a la persona de mayor dignidad, mas en la casa de Fátima todos eran iguales. Y como iguales hablaron de religión y de política, de las nuevas taifas y de ese mundo que había dejado de ser estático para ponerse de nuevo en movimiento; violento, injusto e imprevisible, como le habría gustado a sus antepasados vikingos.

En un momento dado de la conversación, Fátima y al-Mú‘tamid se quedaron a solas mientras Ibn Ammar salía al balcón y hablaba con su nieto Omar de forma animada. Oyó cómo conversaban de los poemas suspendidos, de la belleza de la lírica árabe de los tiempos antiguos, antes de Mahoma. Se llamaban así, «poemas suspendidos», porque nacieron de un certamen literario en el mercado de Ukaz. Los ganadores veían sus poemas colgados, suspendidos, a la entrada del templo de la Kaaba:

—Éramos idólatras en tiempos de los poemas suspendidos —reconoció Ibn Ammar—, pero ya éramos sabios. Ciertamente que los maestros alfaquíes, los ulemas y la gente instruida llaman a esta época la de la ignorancia, pero era una ignorancia maravillosa.

Omar rió, y el bebé dormido en su pecho soltó un quejido mientras las estrellas comenzaban a salir en la noche.

—Con la llegada de Mahoma y el Corán todo cambió. Los eruditos y los filósofos se entregaron a su estudio, nuestra lengua evolucionó al tiempo que aumentaba nuestro conocimiento del libro sagrado. Nuestro universo se completó, es cierto, pero ya existía una larga tradición que fue la base de esa transformación.

Entonces se embarcó Ibn Ammar en alabar los logros de la civilización islámica, de las acequias, las norias, los canales de riego y todos los demás inventos que había aportado a la agricultura, o del sistema decimal que utilizaban para la numeración, infinitamente superior al sistema clásico heredado de la vieja Roma y que aún utilizaban los reinos cristianos. Se jactó de que llegaría el día en que el mundo entero utilizaría el decimal y no el romano.

duodecimal, basado en cálculos hechos con ábacos. Y estaba en lo cierto, porque siglo y medio más tarde Fibonacci introduciría en el mundo cristiano aquel sistema, y aunque habría áridas disputas entre los abaquistas, que querían seguir utilizando el viejo sistema pasase lo que pasase, finalmente se impuso. Aunque a veces la civilización avanza a trompicones y todo ello no sucedería hasta entrado el siglo XVI y ya de forma completa en el XVII, seiscientos años después de aquella conversación improvisada en una terraza de la ciudad de Selb.

Fátima, cansada por la edad y las emociones de aquel día, escuchaba desde la sala los comentarios de Ibn Ammar. Le recordaba al propio al-Makarim, siempre tan seguro de la civilización árabe y de sus logros. Ella misma creía aún que eran superiores y tal vez por eso su carácter era tan resignado.

Cerró los ojos. Tal vez se quedara dormida soñando cuando una vocecita la despertó.

—¿Puedo salir fuera?

Fátima esbozó una sonrisa.

—Claro, al-Mú‘tamid. Puedes hacer lo que quieras. Eres un príncipe.

Era bajo para su edad y algo regordete, pero en sus ojos brillaba una rara inteligencia.

—Ibn Ammar me ha enseñado que debo respetar a los ancianos, y aún más a los sabios.

—Yo no soy una mujer sabia, solo me esfuerzo por luchar contra mi ignorancia. Ibn Ammar sí es verdaderamente sabio por haberte enseñado lo que me cuentas, tu padre ha escogido bien a tu tutor. Ahora ve, no les hagas esperar. Están cambiando el mundo ahí en la terraza.

El príncipe soltó una carcajada y se marchó. Fátima volvió a cerrar los ojos y sintió que su corazón se ralentizaba. Pensó que se moría, y sonrió pensando en que pudiera suceder en un día tan hermoso como aquel. De pronto los abrió, como movidas sus pestañas por un resorte secreto, se levantó, cogió su bastón y casi corrió hacia la biblioteca de la casa, donde tomó un libro sobre la lengua fenicia y otro sobre la Hispania romana, que dedicaba un párrafo a un famoso enfrentamiento entre dos clanes rivales: el clan de los Conejos contra el clan Azagaya. Leyó aquello que había recordado de pronto y que la había hecho despertarse de su sueño:

Se dice que los Conejos tenían un signo distintivo: tres pezones; el tercero diminuto, situado en el centro y algo más bajo que los otros. Fue una señal común en el clan en época fenicia y luego se perdió.

Fátima se quedó pensativa. ¿Y si ella misma era una Conejo? Su abuela Ailma nunca había explicado su origen, solo que era hija de un monje de San Pedro de Sirena. ¿Y si el término «país de los conejos» provenía de ese clan? ¿Y si ella provenía de ese mismo clan? ¿Y si...?

De pronto toda la suma de causas y efectos cobró vida en su viejo cerebro. Se echó la mano a la boca, sorprendida, anonadada, maravillada.

¡Había resuelto el misterio y podía probarlo!

Al día siguiente partió con su hijo en dirección a la taifa de Córdoba. Luego de la caída del califato, la antigua capital y los territorios bajo su dominio se habían transformado en una república dirigida por un consejo de jueces presidido por el cadí, que rendía cuentas a un jefe de Gobierno de la influyente familia de los Yahwar llamado Abú l-Hazm. Córdoba, a pesar de todo, siempre sería la más avanzada de todas las tierras de al-Ándalus, y era pues la única que no respondía ante el poder absoluto de un emir y que estaba gobernada por el pueblo, o al menos por una amplia representación de los burgueses, los aristócratas y los poderosos.

Fátima, sin embargo, estaba poco interesada por los vaivenes de los colapsados territorios musulmanes en la península. Pensaba en al-Makarim. Tenía que vivir lo suficiente como para hablar personalmente con él y revelarle la increíble noticia: había resuelto el enigma, o al menos buena parte de él; es más, Abderramán III tenía razón, aquel conocimiento podía cambiar el destino de la península ibérica, de hispanos y de árabes, de cristianos y de creyentes, porque era un mensaje de paz que podía ser la simiente de la concordia entre los dos pueblos. A eso se refería el gran califa el día que lo oyeron hablar con Ayyub en el salón de invitados de la casa: podían derrotar al cuervo negro, que ahora Fátima pensaba que no era símbolo de los reinos cristianos sino de la discordia, del enfrentamiento entre hermanos que llevaba siglos debilitando a ambas partes.

Luego de un largo trayecto en el que tuvieron que detenerse en varias ocasiones por su avanzada edad y los rigores de la canícula, llegaron a Córdoba siguiendo la antigua Vía Augusta, entrando por la puerta de Toledo. Tan solo un

sencillo «quiero ver Córdoba antes de morir» fue la única explicación que le dio a su nieto, que Omar interpretó como «quiero ver a al-Makarim». Pensó que la matriarca de su familia necesitaba poner en orden los asuntos del corazón antes de morir y lo comprendió. Siempre había sabido que ella nunca había amado a su esposo cristiano. La familia lo había aceptado porque también creían que los árabes en general y los Banu Qudaa en particular eran mejores que ellos. Por eso se habían convertido al islam, porque era un lugar hermoso y radiante en comparación a la brutalidad y provincianismo del mundo cristiano.

La anciana había dedicado el viaje a poner en orden sus teorías y descubrimientos, componiendo un pequeño librito al que llamó Dos culturas y dos nombres. Recordó el sueño de Abderramán y sus palabras exactas. Recordó que hablaba de un ave fabulosa perseguida por un cuervo negro y que el ave se posaba en un gran libro cuyas páginas estaban aún en blanco. Y añadió:

Sabía internamente que aquel libro debería estar escrito y que sus palabras serían tan sabias que la convivencia entre los diferentes súbditos de esta tierra e incluso con los reinos de los bárbaros... sería posible. Vi que el libro era uno entre un millón y que solo un buscador de libros podría hallarlo o escribirlo.

Al final era ella a quien el destino había encomendado escribir ese libro. Ahora todo cobraba sentido y aquello le hizo sentirse satisfecha, completa, como si se hubiese cerrado un círculo de causas y efectos.

Una vez en Córdoba, Fátima no se detuvo a descansar y fue directamente a la mansión de los Banu Qudaa. Ni siquiera le había explicado a su nieto lo que pasaba por su mente, la verdadera razón de aquel viaje. No quería que nadie supiese la buena noticia antes que su amado al-Makarim; después de una vida dedicada a aquel enigma, se merecía ser el primero en conocer el resultado de la investigación.

Fátima se despidió de Omar y de su nieta Asunta, que dormía plácidamente, y se fue en busca del final de la historia de su vida.

—Dile que estoy esperando —repitió por tercera vez Fátima al secretario de al-Makarim.

Llevaba dos horas en el patio interior, aguardando con varios pesados libros en el regazo. No quiso dejarlos en el suelo ni sobre una mesa o en un arcón, pues

allí estaba toda la información que había recabado tras medio siglo de pesquisas privadas. En su despacho, un anciano de cien años, medio ciego y medio sordo, releía los últimos informes de sus nietos, que acababan de regresar de la biblioteca fatimí de El Cairo, que acababa de ser ampliada con nuevos volúmenes. La república de Córdoba no estaba para gastos superfluos y dos veces les había recortado la asignación. Ya no cobraban el enorme estipendio de antaño, pero aquella búsqueda se había convertido en una obsesión personal del clan y seguían luchando por el sueño de Abderramán aunque actualmente les acarrearía pérdidas mensuales. No estaban en buenas relaciones con la familia reinante, los Banu Yahwar, y todavía menos con el clan hermano de los Banu Abi Abda, cuyos ancestros se remontaban a los primeros musulmanes que cruzaron el Estrecho para derrotar a los visigodos. Estos últimos no veían con buenos ojos que unos recién llegados como los Banu Qudaa se encargasen de una investigación que, o bien era una locura, o bien algo demasiado importante para dejarlo en manos de unos advenedizos.

Al-Makarim, mientras pensaba en todo esto, sabía que al otro lado de la puerta lo esperaba Fátima, caminando junto al pozo donde se escondieron casi un siglo atrás (el día en que Abderramán III visitó aquella casa), refrescándose junto al estanque, mirando a las mujeres que entraban o salían del harén, haciendo memoria de aquellos momentos maravillosos que pasaron juntos. Nunca la había olvidado pero tampoco pensaba en ella (o se prohibía pensar en ella), por eso no la mandó llamar tras la muerte de Almanzor y de sus hijos, que eran quienes habían prohibido a Fátima seguir ayudándolo por no ser de la familia. Era un ser pragmático, un hombre con una descendencia aún mayor que la de ella: once hijos y cincuenta y tres nietos, y no llevaba la cuenta de sus bisnietos, que eran innumerables, al igual que los granos de arena en el desierto. Fátima era un recuerdo, acaso como la música que ya no podía apenas oír o como el éxtasis que le había provocado cierta mujer perdida en las brumas del pasado que quiso tañer su alma y ser su esposa. Nunca se había arrepentido de su decisión, pero a veces se preguntaba cómo habría sido su vida al lado de Tarab.

Finalmente, abrumado por la culpa, que era un sentimiento que aborrecía porque agrietaba su eterna máscara de hombre virtuoso, abandonó la reunión con los miembros de la familia Qudaa tan lejos de la verdad y del encargo del califa como siempre había estado. Se levantó y echó a caminar apoyado en un viejo

bastón de madera de cedro.

— Fátima. Fátima. ¡Fátima! ¡Tarab!

Al oír aquella voz maravillosa llamándola por su nombre secreto, la anciana despertó. El viaje, la tensión por el descubrimiento y el reencuentro, su edad avanzada y sobre todo la larga espera habían acabado con sus últimas fuerzas. Yacía junto al pozo, agonizando. Vio el rostro amado, arrugado y aun así tan hermoso, y quiso besarlo, pero ni siquiera pudo mover un brazo, una mano o un dedo, tan solo fue capaz de mirar cara a cara a al-Makarim y decirle:

— Sé la verdad. Tengo que explicarte...

Y murió Fátima sin poder completar la frase. Al-Makarim se quedó pálido, como si él también hubiera fallecido en aquel instante. Uno de sus nietos, que era médico y boticario, certificó la muerte e hizo un gesto hacia el patriarca, revelándole que no había nada que hacer.

Al-Makarim se inclinó junto al oído del cadáver y dijo:

— Yo también sé la verdad. Tú siempre serás aquella que conducía al éxtasis mi corazón. No viviré mucho, pero el tiempo que me quede pensaré solo en ti. Te lo debo, amada mía.

Los objetos de la difunta, incluidos los libros que había traído y su investigación, fueron enviados a su familia, que residía desde hacía tiempo en Sevilla. El patriarca de los Banu Qudaa, por su parte, no volvió a salir a la calle. Estaba viudo de sus dos esposas desde hacía treinta años y no le debía nada a nadie. Se quedó en la habitación leyendo a los clásicos, recibiendo a sus bisnietos más pequeños y repasando los estudios preliminares que había realizado medio siglo atrás junto a Fátima. No se arrepintió de nada y se arrepintió de todo. Soñó con aquella vez maravillosa en que la tomó entre sus brazos y ambos fueron uno, la noche en que la llamó por primera vez Tarab.

Ascendió a la yanna, el paraíso en el islam, justo un mes después de la muerte de Fátima.

2

LA HISTORIA DE ASUNTA

IV. Asunta y Al-Mú'tamid

¿Qué es más poderoso, el amor o el odio? ¿Cuál es el verdadero motor del universo? ¿Realmente hay un motor, un ingenio o artificio que guía el sendero de los hombres?

Con la anterior frase comenzamos esta narración y hemos de preguntárnoslo de nuevo. Hemos visto que el amor es capaz de guiar una vida, de hacerte conocer el éxtasis pero también de sumergirte en la infelicidad y la desazón perpetuas. Hemos visto que de su mano se pueden alcanzar grandes logros culturales, sean o no reconocidos. Los hombres que habitamos la península ibérica conocemos el amor y sabemos cuán imperfecto puede llegar a ser, así que es necesario preguntarse... ¿Puede triunfar el odio donde el amor fracasó o acaso ambos son las dos caras de una misma moneda? ¿También son dos caras de una moneda el mundo en movimiento que reclamaba Daven el vikingo y el mundo estático de los aristócratas musulmanes y su civilización?

Ha llegado el momento de saber cómo el odio puso punto y final a una larga y sinuosa investigación y cómo el Cid Campeador compuso con su sabiduría el más extraño de los epílogos. Las dos simétricas sendas están a punto de converger, y una niña (luego mujer) tendrá la oportunidad de cambiar el mundo. Y lo cambiará... Aunque tal vez para peor. Os hablo de una pequeña descendiente del clan de los Conejos que solo conoció el odio aunque podría haber sido una niña feliz; de hecho, estuvo a punto de serlo.

Ella era una chiquilla anónima que crecía y jugaba en la taifa de Sevilla, ignorante de su extraordinario potencial. Su padre, Omar Fernández, le había puesto el nombre de Asunta, como a su bisabuela, pero a causa de su conversión al islam de forma pública la llamaban Fátima, por más que supiesen que no era su verdadero nombre. Mas pronto quedó demostrado que su destino, fuese cual fuese su nombre, no era el de una muladí cualquiera. Con tres años era capaz de hablar en romance castellano, aragonés y leonés; con cuatro leía y escribía en árabe casi a la perfección; con cinco encontró un legajo con todos los libros de su bisabuela fallecida e intentaba descifrar los intrincados misterios etimológicos de sus estudios, tratando de hallar el significado de la palabra «España» y de al-Ándalus.

Sevilla, a pesar de ser la capital de una de las mayores taifas musulmanas, no dejaba de ser un mundo pequeño, y aquello llegó a oídos de al-Mú‘tamid. El joven, de dieciocho años, acababa de regresar por imposición paterna de su viaje de estudios a Selb junto a su maestro Ibn Ammar. Aún recordaba con cariño a Fátima, sus conversaciones sobre el sentido de este universo imperfecto y a menudo doliente, lo mucho que aprendió de ella. La había amado en el momento en que se estaba formando su personalidad y había admirado a aquella cristiana vieja y sabia con el ardor de la adolescencia. Cuando supo que su bisnieta era un espíritu único elegido por Alá para las más altas tareas, la trajo al palacio al-Mubarak, el palacio de la Bendición, un vergel transido de jazmines blancos, las palmeras más altas de toda la región y los huertos más frondosos.

—Vivirás aquí conmigo, Fátima —informó a la pequeña—. Te ayudaré a progresar en tus estudios y tendrás como tutor al mismísimo Ibn Ammar. Llegarás a ser tan inteligente como la Fátima original y terminarás sus estudios. ¿No te parece una perspectiva maravillosa?

Pero a Asunta le pareció una perspectiva terrible. Primero, porque comprendió que su padre la había vendido como si fuese una ramera, como si fuese un objeto que no tuviese valor ni opinión. Ni siquiera se había despedido de ella a pesar de lo mucho que decía amarla, sencillamente la había entregado a aquel joven musulmán engreído, con ínfulas de poeta y cara de idiota, un príncipe bobalicón que le acababa de arrebatar su infancia, sus juegos en las calles con otros niños y esa existencia anónima que tanto amaba. Porque ella había nacido especial pero no quería ser mejor que nadie, solo quería ser ella misma y mantener en secreto sus extraordinarias habilidades. Habría preferido seguir llevando una vida normal a convertirse en un raro monstruo de feria.

Así que, en aquel preciso instante, odió a su padre, odió a su madre, odió todo lo que habían hecho (y sobre todo su inacción ante los deseos de los poderosos), pero sobre todo odió a aquel príncipe que se creía dueño del destino de una niña tan extraordinaria como vengativa. Porque aquel era el principal don o castigo de Asunta: tenía una capacidad para odiar casi infinita, y habría de recordar hasta el fin de sus días a todos los que la habían ofendido en aquella hora decisiva, a todos los que le habían fallado. Y el primero y el más criminal de cuantos le fallaron fue al-Mú‘tamid. Se prometió que nunca lo perdonaría y que labraría su perdición.

—Preferiría volver con mis padres —dijo la niña con voz meliflua, dando una última oportunidad al reo antes de condenarlo a un odio eterno, visceral y sin medida—. Soy feliz con la vida que llevo. No aspiro a más.

—No seas modesta, Asunta. He oído hablar de tus logros. Sé que al principio te costará acostumbrarte a la vida de palacio, pero aquí serás feliz, te lo aseguro. Será en el palacio de la Bendición donde tus extraordinarias habilidades alcanzarán su máxima expresión.

Así que todo estaba dicho. Ella era una mocosa y no tenía opinión. En el fondo sintió lástima de al-Mú‘tamid por lo que algún día habría de hacerle por robarle su vida.

—Además —añadió el príncipe—, tus padres pueden visitarte siempre que quieras. Podría alojarlos no muy lejos en...

—Gracias por todo —lo interrumpió aquella mocosa que no levantaba ni un palmo del suelo—. Si he de quedarme en la Bendición, prefiero que mi pasado quede atrás y no volver a tener trato con aquellos que se quedaron en el camino. Debo centrarme en mi nueva vida.

Al-Mú‘tamid estaba maravillado por la forma en que se expresaba con tan solo cinco años. Aquello lo convenció de que había tomado la decisión correcta. Estaba ante un ser único que debía recibir, por tanto, una educación especial: la educación de una princesa.

—Se hará como dices, Fátima.

—No me llames Fátima, me llamo Asunta Fernández. Es lo único que te pido. No me llames así.

Asunta odiaba (verbo que se repetirá mucho en esta historia) el nombre musulmán de su abuela, que era el suyo propio. Ella era un ser individual que no tenía nada que ver con una persona a la que no recordaba (pues solo coincidió con ella brevemente siendo una recién nacida, según le habían contado) y a la que todo el mundo parecía tener mucho aprecio, y odiaba todo el cariño que parecían profesarle todos a aquel maldito cadáver que ahora debía estar pudriéndose cubierto de gusanos.

—Creí que te llamabas Fátima.

—En casa me llamaban Asunta, es mi nombre familiar. Me gusta mucho más.

El príncipe se encogió de hombros y se echó a reír. Al-Mú‘tamid era un

hombre risueño, un tanto histriónico, obsesionado con la erudición y la belleza e incapaz de comprender que había personas que, por mucho que hubiesen nacido con la capacidad de ser brillantes o cultivados, no querían serlo en absoluto. Nunca habría entendido que estaba delante de alguien que solo quería ser una niña a punto de cumplir seis años. Aquel acto de generosidad, aquel acto de irreflexión, aquella caridad equivocada le valdrían su ruina personal y la de su pueblo.

Y se trataba de un pueblo extraordinario.

Por entonces, la taifa de Sevilla era la más culta y refinada de todos los reinos que habían surgido de la disgregación del califato. La gobernaban los Banu Abbad, que eran yemeníes como los Banu Qudaa, a los que una vez había servido los antepasados de Asunta en Córdoba. Tal vez por eso les fue fácil cambiar de ciudad y de amos, y ahora eran clientes de un clan mucho más importante. Ismail ben Abbad, el primer miembro destacado de aquella familia, había sido jefe de la guardia personal del califa de Córdoba. Se ganó su favor y el de su círculo hasta que fue nombrado gobernador de Sevilla por Almanzor. De esta forma, cuando tras la muerte del dictador y el corto gobierno de sus dos hijos se fue disgregando el califato, Ismail estaba en una posición inmejorable para hacerse con el control de Sevilla y su área de influencia.

Pero eso había pasado tiempo atrás, cuando nacieron los reinos de taifas. En aquel momento gobernaba el reino su nieto Mohamed Mú'tadid, padre del príncipe al-Mú'tamid. El rey era un hombre dominado por sentimientos contradictorios: por un lado, amaba la belleza, la poesía y las artes como el más alto logro de la civilización; de hecho, unos hermosos poemas lo habían convencido para dar una oportunidad a un hombre de baja extracción llamado Ibn Ammar. Le había gustado tanto su obra que lo había elevado de rango, convirtiéndolo en un hombre poderoso y en el tutor de su hijo. Pero por otro lado, era un hombre cruel hasta extremos difíciles de explicar. Una ira desmedida y cierta vena sádica eran sus debilidades, y a menudo le costaba mantener el control y la cabeza fría.

Mohamed Mú'tadid quería convertir la taifa de Sevilla en la más importante, si no la única, de toda el área andalusí. Era una aspiración común en los reyes de las taifas: todos sin excepción pensaban que su reino era el verdadero sucesor del califato. Cada año más pobres, las taifas se entregaban a la realización de

grandes obras de arte, a mantener a grupos de artistas celebres o a dar cobijo a conocidos filósofos y científicos. Reproducían una versión actualizada de la corte del califa, presidiendo como él la oración de los viernes, rodeándose del boato y el ceremonial estricto del príncipe de los creyentes. Esta obsesión de cada reyezuelo por imitar el pasado provocó un esplendor cultural sin precedente en al-Ándalus que solo las parias y las guerras fratricidas impidieron que fuera aún mayor.

El rey de Sevilla no era pues la excepción, sino la norma, pero en su caso concurría lo que era un hecho diferencial: los Banu Abbad realmente podían aspirar a conquistar el resto de reinos. Eran árabes y se consideraban superiores a los bereberes, que habían venido junto a ellos en la conquista de la península ibérica tres siglos atrás pero que se habían extendido sin medida, como una plaga, tras ser llamados por Almanzor para sus campañas.

Entró en guerra pues Mohamed Mú'tadid con los bereberes de las taifas vecinas y con otros reyezuelos de los alrededores. Cuando no los podía ganar en batalla campal, los reunía en una gran cena para agasajarlos... Y luego les daba muerte envenenándolos o con métodos aún más expeditivos. Todos conocían la historia de cierta ocasión en que encerró en un baño a varios de sus peores enemigos tras una fiesta y después inundó la estancia hasta ahogarlos a todos.

El rey de Sevilla tenía veinte hijos y no había pensado en el príncipe poeta al-Mú'tamid para sucederle, pero Ismail, el más querido de sus vástagos, su primogénito, se levantó en armas contra él y trató de heredar el reino antes de tiempo. Craso error. Su padre lo asesinó estrangulándolo con sus propias manos y luego borró la memoria de su primogénito, como si jamás hubiera existido. De esta forma, un príncipe poeta díscolo, un tanto extravagante y obsesionado con la poesía, se convirtió en el heredero de la taifa que más se estaba expandiendo en todo al-Ándalus.

Y allí estaba presa Asunta, una niña que creció odiando a todo el mundo en secreto. Su odio era tan profundo que transfiguró su carácter, tal vez algo trastornado desde su nacimiento. Cuando llegó al palacio de la Bendición era una niña alegre y feliz, capaz de aprender muchas cosas más rápido que ningún otro sevillano, pero incapaz de comprender la trascendencia de lo aprendido. En los años que siguieron se volvió taciturna y hosca. Pasaba la mayor parte de su tiempo estudiando la documentación de su abuela, leyendo suras del Corán o

embarcada en el aprendizaje de los múltiples dialectos del árabe, pues ya dominaba el fusha, el árabe clásico, con la perfección de un ulema. Nunca detenía sus estudios y no solo por su intención de ampliar sus conocimientos, sino porque deseaba tener una excusa para no pasar ni un solo instante de su tiempo con al-Mú‘tamid y sus estúpidas justas poéticas. El príncipe se pasaba el día improvisando poemas con un grupo interminable de aduladores, amigos y gentes de todo tipo a los que pagaba por reírle las gracias, seguidos a corta distancia de reposteros, cocineros, halconeros y toda una turba de sirvientes y expertos en entretenimientos varios, por no hablar de los cronistas que tomaban notas para libros de historia, médicos famosos o astrónomos. Asunta no era la única persona a la que había «rescatado» de una vida de pobreza para llevarla su palacio. Eran más de cincuenta los artistas, pensadores, filósofos y eruditos que lo acompañaban a todas partes. Muchos de ellos se jactaban también de ser poetas aficionados y se pasaban el día improvisando versos cortos (sobre todo casidas y moaxajas, que eran sus formas líricas preferidas) mientras corrían y jugaban como niños, chillaban y reían hasta la madrugada.

Para mayor desgracia de Asunta, también vivía en la corte el célebre poeta Ibn Zaydun, exiliado de la taifa de Córdoba. Sus poemas de amor a la princesa Wallada se consideraban verdaderas obras maestras, una reinención del concepto del amor y otras zarandajas que, aunque la niña había leído, las despreciaba. Nunca creería en el amor y nunca amaría a nadie en su vida, pero ello no impidió que un tropel de nuevos artistas acudieran a la corte de los Banu Abbad obnubilados por la presencia del gran Ibn Zaydun, lo que aumentó las justas poéticas y los dolores de cabeza de Asunta.

Ah, la pequeña despreciaba a aquellos malditos idiotas envanecidos casi tanto como los odiaba.

Un día, poco después de cumplir los diez años, tuvo la primera ocasión de vengarse, y fue gracias a la relación entre Rumaikiyya y el príncipe poeta. La primera era una antigua esclava que había sido liberada durante un paseo por el Guadalquivir con Ibn Ammar.

A Asunta le habían contado que al-Mú‘tamid estaba como siempre, improvisando poesía junto a su amigo y tutor, y entonces el príncipe dijo:

—El viento tejiendo lorigas en las aguas.

Antes de que Ibn Ammar pudiese contestar cerrando el hemistiquio, se

escuchó una voz de mujer, una voz surgida de un lugar inesperado entre las aguas del río, donde una figura encorvada estaba lavando ropa:

—¡Qué coraza si se helaran!

Al-Mú'tamid quedó prendado al instante de la sirvienta poeta y se la compró al arriero al que pertenecía. Poco después la desposó y llevaban ya cuatro años felices juntos. Pero aunque no descuidaba sus deberes como esposo, lo cierto es que se pasaba el día como siempre con Ibn Ammar y sus cincuenta compañeros mantenidos, siempre listo para una nueva juerga o una nueva improvisación poética. Incluso muchas noches dormía al-Mú'tamid, borracho o enfebrecido de lírica amorosa, junto a Ibn Ammar, o se quedaba transpuesto sobre un cojín delante de su lecho. O eso decían ambos.

Años atrás su padre ya había hecho regresar a al-Mú'tamid desde Selb por los rumores de una relación homosexual con su tutor. En al-Ándalus no estaban mal vistas las relaciones entre hombres, incluso existía una poesía homoerótica llamada mudakarat que era bastante popular. De hecho, el propio príncipe había escrito varios poemas famosos en la corte usando esa forma poética. El rey pensaba que una cosa era divertirse con un hombre y otra que con veintidós años siguiese comportándose como un adolescente. A veces incluso se preguntaba si no se equivocó al nombrar a Ibn Ammar tutor de su hijo. Por ello, había exigido a su hijo que pasase más tiempo con Rumaikiyya y que fuese discreto en sus escauceos sexuales, fueran de la índole que fuesen.

—Vaya, otra vez al-Mú'tamid está ocupado con Ibn Ammar y no puede leer mis estudios —dijo en voz alta Asunta al pasar por los jardines. Por el rabillo del ojo miró al rey Mohamed, que estaba junto a una fuente de agua tomando un refrigerio con uno de sus consejeros.

—Acércate, Asunta —dijo el rey, que la conocía bien porque llevaba ya cuatro años en la Bendición—. ¿Qué decías, niña?

—Oh, nada. Estaba estudiando el origen de la palabra «al-Ándalus», había hecho algunos avances importantes y quería comunicárselo al príncipe. Marché hasta el palacio al-Zahí, donde suele hacer últimamente sus justas poéticas, y lo encontré en una estancia, pero estaba desnudo con Ibn Ammar y me dijo que mejor hablábamos otro día porque...

—¿Desnudo? —inquirió el rey, subiendo el tono de voz.

Estaban en cueros porque se estaban preparando para recibir un masaje con

aceites y también había dos masajistas en la estancia, pero eso era lo de menos, una información que el rey no necesitaba escuchar.

—Sí. He entrado y el príncipe me ha dicho que tenía cosas que hacer. No es la primera vez que no me atiende porque está con Ibn Ammar.

Mohamed se mesó pensativo su poblada barba y miró a uno de sus consejeros, que asintió con la cabeza y se marchó de los jardines a toda velocidad. Los pies del rey, enfundados en unas babuchas doradas, golpearon el suelo con más fuerza aún que los de su consejero cuando se puso en pie.

—Gracias, Asunta —dijo Mohamed sencillamente, y lanzando al suelo el té verde que se estaba tomando, se marchó también tras tomar aire de forma violenta y apretar los puños.

Una semana después, de forma incomprensible para al-Mú'tamid y su séquito, Ibn Ammar fue desterrado de la taifa de Sevilla.

* * * * *

Imaginemos a una niña condenada a vivir en un palacio rodeada de extraños. Imaginemos que nunca hizo verdaderos amigos, que era demasiado inteligente para los mocosos con los que coincidía en la Bendición (la mayoría hijos de nobles, cortesanos o reyes), que era demasiado cristiana para ciertos aristócratas aunque su clan se hubiese convertido al islam, que era repelente, resabiada, extraña, triste y deprimente para los chicos de su edad. Imaginemos que tal vez ya poseía una inclinación hacia la demencia y los delirios, que aquella situación de desamparo solo los sacó a la superficie. De cualquier forma, imaginemos lo que imaginemos, Asunta vivía del odio, respiraba odio, y era tanto su odio que no podía ver más allá de las formas opacas, tristes y melancólicas con las que teñía su percepción.

Pasaban las estaciones, los meses, los años... Y sabía que un día querrían casarla. Así que concibió un plan. Aunque desde el principio había pedido que su familia no la visitase, el príncipe invitaba en ocasiones a su padre al palacio. Creía, en su imbecilidad, que era otro acto de bondad hacia Asunta, que la niña era orgullosa pero que en el fondo apreciaba la cercanía de los suyos y el trato humano. «¿Quién puede vivir sin un poco de amor y de trato humano?», pensaba al-Mú'tamid. No se daba cuenta de que la respuesta era que solo había una persona: Asunta.

En una de las raras visitas de Omar al palacio de la Bendición, la muchacha lo acusó de violación. Apareció delante del príncipe y del rey Mohamed con el rostro cubierto de moretones, sangrando por una cicatriz que le nacía en el labio superior y le llegaba hasta la oreja, derramándose la linfa como un torrente sobre el enlosado. Lloró y pataleó y juró que su padre la había violado, deshonrado, sometido, vejado, torturado y finalmente abandonado medio muerta en sus habitaciones.

El rey de Sevilla destruyó a la familia Fernández: embargó sus bienes y los desterró, mas no sin antes exponer la cabeza de Omar en uno de los jardines de palacio junto con algunas otras de sus enemigos más famosos, entre las que estaba la de su hijo Ismail, aquel ingrato que había intentado destronarle tiempo atrás. Había tres hombres encargados de cuidar aquellas cabezas, de ponerles afeites para que oliesen un poco mejor y conservasen el mayor tiempo posible el

rostro de los condenados antes de convertirse en calaveras. Lo llamaban «el jardín del terror» o «el jardín de las cabezas cortadas», y todas las visitas y la gente principal que acudía a la Bendición se detenía delante de aquellos cráneos, que llevaban en la oreja un papel con su nombre y su fechoría. En la de Omar, que Asunta iba a ver a menudo para regodearse en su venganza, ponía sencillamente: «Violó a su hija».

La familia Fernández se marchó a la taifa de Toledo, en manos de los bereberes, enemigos tradicionales de los Banu Abbad sevillanos. Con el tiempo se cambiaron el apellido a Fernández-Toledano para abreviarlo finalmente a Toledano, de tal forma que la línea del clan de los Conejos de los Fernández se acabaría con Asunta, que nunca tuvo descendencia y, por lo que se sabe, murió virgen.

Pero eso sería mucho más tarde. En el presente, en el año 1069, Asunta tenía dieciséis años y se sentía muy feliz por la muerte de su padre, por haber tenido la determinación de desfigurarse ella misma el rostro de tal forma que ningún hombre se interesaría en adelante por desposarla, pero sobre todo se sentía feliz a causa de Taira. Era esta la hija predilecta del rey de Sevilla, de su misma edad y también extremadamente inteligente, y acababa de morir de neumonía. Asunta (que la despreciaba, sobre todo porque la muy idiota había intentado ser su amiga durante años) no había tenido nada que ver con su muerte, lo que le pareció una señal de buen augurio, un regalo del destino que, lejos de frenar su venganza, la ayudaba a culminarla con éxito a cada paso.

Aquello fue un golpe fatal para Mohamed al-Mú'tadid. Todos tenemos un punto débil, y aquel árabe cruel y sádico, aquel genio militar que había conquistado la mitad de las taifas del antiguo al-Ándalus, el propietario de un harén de setenta mujeres que había tenido ochocientas concubinas y cuya descendencia pasaba de cuarenta hijos... Aquel hombre solo tenía ojos para la pequeña Taira. Su fallecimiento le partió literalmente el corazón. Se acercó a una ventana para llorar en silencio y cayó cuan largo era en el enlosado. Poco después el gran rey de la taifa de Sevilla moría de una apoplejía. Tumbado en el lecho, sin poder hablar ni apenas hacer un gesto, viendo pasar a sus hijos, sus nueras y sus consejeros, las últimas horas del rey Mohamed al-Mú'tadid fueron angustiosas.

Aunque pocos le tenían a Asunta un verdadero aprecio, lo cierto es que la

muchacha formaba ya parte de aquel palacio. Llevaba tanto tiempo entre sus muros que tanto la familia como la servidumbre la consideraban una hija más, una Banu Abbad. La amaban a pesar de su actitud y su hosca indiferencia, sin sospechar todo el odio que guardaba en su interior, así que la invitaron a despedirse del monarca. Asunta se acercó al rey moribundo y le musitó al oído:

—No sabes, viejo tirano, cuánto odio hasta al último de los abadíes de tu sucia familia. Sois unos malditos perros engréidos. Tu hijo, detrás de toda la cultura que ha atesorado, no es más que un estúpido ingenuo y manipulable, y aprovecharé esa imbecilidad para labrar la ruina de tu reino. No descansaré hasta que la taifa de Sevilla haya desaparecido. Ah, y quiero que sepas que mi padre no me tocó y que lo mataste por nada, idiota. —Luego, reflexionando cómo herirlo todavía más, añadió una mentira que intuyó que sería como clavarle una daga en el corazón—: Me despido anunciándote que Taira no murió de neumonía, yo la envenené con mis propias manos. Disfruté mucho haciéndolo y viendo luego cómo se retorció de dolor.

Cuentan que los ojos del rey se inyectaron en sangre e intentó decir algo. Sus consejeros acudieron prestos al lado de su cama y solo vieron que así con fuerza la mano de la muchacha, lo que todos malinterpretaron como un gesto de cariño o de reconocimiento, agradeciendo que la hubieran traído en su última hora. Al-Mú'tamid se acercó al lecho y tomó a su padre de la otra mano, intuyendo que el final estaba cerca. El rey lanzó un gemido y su cabeza se deslizó al lado izquierdo; así falleció el gran monarca de la taifa de Sevilla. Curiosamente, aquella escena unió todavía más al príncipe poeta (ahora ya rey) a la joven y desfigurada Asunta. Se prometió que nunca la apartaría de su lado. Bien era cierto que era desabrida y que no resultaba en modo alguno animada u ocurrente como el resto de sus amigos, pero aquel era su carácter y él debía respetarlo. Su propio padre la quería como a una hija y así lo había demostrado en su propio lecho de muerte.

El primer acto de al-Mú'tamid como nuevo rey de la taifa de Sevilla fue traer de vuelta a Ibn Ammar y nombrarlo háyib, su chambelán o visir. Ahora era su mano derecha y de nuevo podían volver a entregarse hasta la madrugada a sus justas poéticas, sus requiebros y sus cánticos homoeróticos.

Asunta, por su parte, se había convencido a sí misma (tras un largo y a menudo no demasiado cabal razonamiento) de que el destino la había llevado

hasta allí para salvar España. Hacía tiempo que había descubierto que su abuela casi terminó su investigación sobre los dos nombres con los que era conocida la península ibérica, y la palabra exacta era «casi» porque Fátima nunca descubrió el significado exacto de la palabra «al-Ándalus», cosa que Asunta había encontrado por su cuenta entre las páginas de una obra perdida (había robado de la biblioteca de la Bendición la única copia) de Ahmad al-Yaqubi, un geógrafo e historiador árabe. Gracias a ello la muchacha conocía uno de los secretos mejor guardados de la historia, pero lo atesoraba para sí; no quería compartir lo que había descubierto con nadie. Había leído el libro Dos culturas y dos nombres que escribiera Fátima y lo odiaba, porque Asunta aspiraba, como la Iglesia, a un territorio peninsular unido, un nuevo y gran reino cristiano futuro con un solo monarca en el que de nuevo los obispos ostentaran el poder en la sombra. Ese era su sueño, y el mensaje de paz y concordia que Fátima había compuesto no servía a tal propósito.

Había pues que expulsar a los musulmanes y olvidarse de todo estudio etimológico hasta que España fuese de nuevo solo una. Porque solo el odio era importante, porque de ese odio nacería el Estado más poderoso de la Tierra. Sin guerra, sin enfrentamiento... No se finalizaría la Reconquista.

Y el único obstáculo real para que ello sucediese era la gran taifa de Sevilla, que en ese momento ya agrupaba prácticamente todas las posesiones andalusíes de la península, desde Selb hasta Córdoba. Solo se resistían a su influjo las taifas de Málaga, Granada, Almería y Murcia. Si algún día el nuevo rey poeta completaba la conquista de esas últimas cuatro taifas, si algún día los musulmanes comprendían que debían terminar de enfrentarse entre sí... Entonces serían un reino lo bastante poderoso como para dejar de pagar tributos a los reinos cristianos y quién sabe si obligarlos de nuevo a escapar al norte, hasta Asturias. Una gran taifa que agrupase toda Andalucía acabaría conquistando o pactando con las taifas más al norte, las de Badajoz y Toledo. Una vez unidos, de nuevo sentado en el trono un califa, tal vez se atreverían a ir más allá hasta reconquistar lo reconquistado y dar la vuelta al esfuerzo titánico que habían hecho los reinos cristianos en los últimos siglos.

Estaba en sus manos, en las de Asunta, evitar que una desgracia semejante tuviese lugar. Por ello nunca dejaba de susurrar al oído de al-Mú'tamid perfidias sobre otros árabes y sobre todo el mal que habían hecho sus enemigos

musulmanes dentro del propio al-Ándalus, como el incendio de Triana años atrás o todas las veces que habían intentado tomar Sevilla. Quería que el rey poeta tuviese siempre presente cuánto lo odiaban, especialmente los bereberes, por los que los Banu Abbad sentían un auténtico desprecio.

«Nunca habrá paz con los bereberes», decía a menudo. Y Asunta sonreía satisfecha, porque mientras hubiese rencillas en al-Ándalus el califato jamás regresaría y la victoria del cristianismo y de España era solo cuestión de tiempo.

Pero curiosamente no fueron los norteafricanos quienes dieron una oportunidad a Asunta para dañar a al-Mú‘tamid, sino precisamente Ibn Ammar. De nuevo la presencia del antiguo tutor y ahora visir le sirvió a Asunta para descargar su odio interminable contra la taifa de Sevilla. Durante diez años conspiró para separar a los dos amantes. Asunta no tenía nada contra las relaciones homosexuales y le repugnaban tanto como las heterosexuales (de hecho, no existía por entonces palabra alguna en árabe o romance para diferenciarlas), tan solo le importaban en tanto que el amor que se profesaban ambos era en sí mismo una debilidad que podía usar para destruirlos.

Primero se valió del asunto de la taifa de Murcia. Era esta la más débil de las cuatro taifas del sur que aún no estaban en poder de los sevillanos. A menudo, en conversaciones privadas durante alguna fiesta, Asunta le explicaba a Ibn Ammar que sería fácil derrotar al rey Tahir de Murcia.

—Los Banu Tahir son débiles. No merecen tener posesión alguna en al-Ándalus —le dijo una vez mientras la servidumbre les entregaba una fuente con medio melón y granadas. Asunta había acudido a la fiesta con una hermosa toquilla de brocado que le cubría el pecho. Su única intención era manipular a Ibn Ammar, pues odiaba aquellas reuniones que comenzaban con copiosas pitanzas y acababan en justas poéticas.

—Así es, qaysíes corruptos hasta la médula —repuso Ibn Ammar.

—Siempre he pensado que serías un gran gobernante, amigo mío. Desde niña creo que has nacido para ello. Pero claro, primero tendrías que hacerte con el poder.

Ibn Ammar sacudió la cabeza, más inquieto que halagado.

—No sería fácil. Además, al-Mú‘tamid no lo permitiría. Es un honor que se reserva para sí mismo. No querrá que yo me encargue por mi cuenta...

—¿Por qué habría de saberlo? Si se encuentra ante el hecho consumado

seguro que se alegrará de tu éxito. No le quedará más remedio.

Asunta dejó la fiesta tras pinchar un poco más a su víctima y mordisquear unos buñuelos y unos pasteles de almendra. Mientras se alejaba mascullaba algo contra la repostería árabe, cuyas exquisiteces le sabían todas a canela, una especia muy apreciada que ella, por supuesto, odiaba con toda su alma.

El viejo tutor, que rondaba ya los cincuenta años, se quedó solo, pensativo. Se mesaba su poblada barba y soñaba con convertirse en rey.

Finalmente Ibn Ammar se entregó a aquella loca causa y lo hizo con el desconocimiento del artista, tal y como había previsto Asunta. Cometió graves errores, perdió batallas, entregó como rehén a uno de los hijos de al-Mú'tamid y luego fue incapaz de cumplir con lo prometido y recuperarlo. El rey de Sevilla en persona tuvo que pagar un tremendo rescate y montó en justa cólera, aunque como siempre perdonó a su antiguo tutor.

Pasó el tiempo y, al segundo intento, Ibn Ammar conquistó Murcia, pero (de nuevo como había previsto Asunta) a espaldas del propio al-Mú'tamid y creándose tantos enemigos en la ciudad que fue expulsado de la misma por el propio pueblo.

Refugiado en la taifa de Zaragoza, recibió la visita de Asunta, que había puesto como excusa visitar la biblioteca de los Banu Hud y había partido desde Sevilla unas semanas antes. Los hudíes eran una familia yemenita que llevaba unas décadas en el poder tras derrocar a los tuyibíes de Mundir II e Ibn Hakam. Su rey actual era al-Mutamán, cuyo padre ya había acogido a Ibn Ammar en su anterior destierro de la taifa de Sevilla.

—Al-Mú'tamid no te echa de menos. Te ha olvidado y se ríe de ti en sus justas poéticas —aseguró Asunta a Ibn Ammar mientras paseaban por la ciudad, que vivía su máximo esplendor gracias al hábil gobierno de los Banu Hud.

El viejo maestro tenía 53 años ya, le clareaban las sienes y no entendía cómo en tan poco tiempo había pasado de la dignidad de ser chambelán de Sevilla a vivir de la caridad del rey de Zaragoza. Lo cierto es que se emborrachaba a menudo con vino de dátiles y las gentes de la ciudad lo detestaban por no seguir los preceptos del Corán. Era un hombre de excesos, como siempre había sido; alguien que había nacido pobre y no sabía ser rico.

—Una vez al-Mú'tamid me amó. Me amó profundamente. No puede haberme olvidado —dijo Ibn Ammar.

—Mándale un poema satírico, un gazal de esos en los que eres tan experto, uno en el que le muestres que a ti tampoco te importa Sevilla ni su rey.

Precisamente Ibn Ammar acababa de mandar al-Mú'tamid una elegía pidiéndole perdón. Asunta sabía que al-Mú'tamid estaba pensando en traerlo de vuelta a Sevilla e incluso en devolverle la dignidad de háyib. Ella no lo iba a permitir y por eso había partido hacia Zaragoza, ya que hacía años que había abandonado sus estudios y se dedicaba solo a intrigar y regocijarse en la negrura que poco a poco iba apoderándose de su alma.

—Ese poema pondrá las cosas en su sitio —lo incitó de nuevo—. Debe ser un dardo afilado que se clave en el corazón de al-Mú'tamid. Hace tiempo que debería haberte llamado a su presencia. Te ha traicionado.

Pero Ibn Ammar, como años atrás, parecía dubitativo. No quería hacer más daño al rey de Sevilla ni tampoco a sí mismo, ya que estaba al borde de la ruina.

Asunta lo presionó. Se emborrachó a su lado y pagó de su bolsillo a varios jóvenes que calentaron el lecho del tutor caído en desgracia. Incluso uno de ellos se parecía enormemente a al-Mú'tamid en su primera juventud y por eso fue escogido por Asunta. Necesitaba que Ibn Ammar rompiera definitivamente sus relaciones con el rey, porque eso haría más inestable a al-Mú'tamid y tarde o temprano encontraría la manera de que cometiese un error que destruyese a su dinastía y a la taifa de Sevilla.

Tardó varios días en convencerlo, pero en ese momento de su vida Ibn Ammar era poco más que un borracho estúpido, por lo que finalmente escribió el poema que le demandaba Asunta, inclinándose por una casida, que encajaba más con el tema, pues a menudo se usaba cuando uno quería dirigirse directamente a alguien de alta alcurnia.

El poema resultó todo un éxito, no en vano aquel estilo era su especialidad: un toque de ironía, de insulto y de chanza. Arremetía en él contra la esposa del rey, Rumaikiyya, contra los hijos del matrimonio y desvariaba a lo largo de las estrofas que formaban la composición poética.

Con todo, Ibn Ammar no había perdido la razón (al menos no del todo) y guardó en un arcón el poema, olvidándose de todo aquel asunto. Decidió no enviarlo a la Bendición. Asunta, valiéndose de un espía que trabajaba para el propio al-Mú'tamid, hizo que lo robaran y lo llevaran de inmediato a Sevilla. El rey lo leyó, palideció y jamás lo perdonó. Prometió en público que un día lo

mataría con sus propias manos, tal y como su padre asesinó al traidor de Ismail, su hermano.

Por azares de la existencia, muy pocos años después, Ibn Ammar cayó prisionero en una de sus muchas y locas aventuras, pues no fue capaz de quedarse en la taifa de Zaragoza, y se embarcó en nuevas y cada vez más arriesgadas empresas. Cuando al-Mú'tamid supo que estaba preso, compró la vida de su antiguo amigo, amante y maestro y lo trajo de vuelta a Sevilla. Cuando lo supo Asunta, fue a ver al rey.

—¿Qué vas hacer? —le preguntó.

—Primero hablaré con él, creo... En el fondo, Ibn Ammar... Él solo... Cuando escuche lo que tiene que decirme...

Al-Mú'tamid caminaba de un lado a otro de la habitación, farfullando, a cada paso más nervioso, dudando entre cumplir su palabra o perdonar al reo.

—No lo hagas. ¡Mátalo! —chilló Asunta—. Mátalo con tus propias manos como prometiste. No le pidas explicaciones.

El rey se sorprendió y miró a Asunta con los ojos llorosos. Jamás la había oído expresarse de tal forma; es más, la tenía por una muchacha comedida, siempre callada, que nunca decía una frase más alta que la otra y nunca levantaba la voz.

Asunta comprendió que se había equivocado dejándose llevar por la rabia, y entonces, valiéndose de toda su astucia y maldad, rompió a llorar.

—Cada vez que recuerdo aquel poema terrible que te escribió... ¡Esa casida en la que insultaba a toda tu familia! —dijo entre sollozos—. Con todo lo que lo has amado, con todo lo que lo hemos amado aquí en la corte, no sé cómo fue capaz de hacer algo semejante.

Y entonó en alta voz el poema, poniendo énfasis en los momentos más humillantes para los Banu Abbad:

*Elegiste, de entre las hijas de los viles,
a Rumaykiyya, que no vale un adarme;
trajo al mundo sinvergüenzas de bajo origen
tanto por la vía paterna como la materna;
son cortos de estatura,
pero sus cuernos son largos.*

*Expondré aquello que ocultas:
¡Oh, Muhámmad ibn ‘Abbad al-Mu‘támid!
¡Oh, gloria de la caballería!
Defendiste las aldeas,
pero violaste a las personas.*

El rey no tuvo piedad de Ibn Ammar. Entró en su celda y, sin mediar palabra (tal y como Asunta le había aconsejado), lo decapitó con una espada que le había regalado Alfonso VI, rey de León, de Galicia y de Castilla. Luego se pasó toda la noche llorando, incapaz de soportar el peso de aquella acción terrible, ajeno a los intentos de entretenerlo de sus amigos, que eran ya más de un centenar de aprendices de literato, vagos, pensadores y filósofos de muchos tipos. Ni siquiera asistió a una gran justa poética que se hizo para tratar de levantarle el ánimo.

Y mientras, al-Mú‘tamid lloraba desconsolado. Asunta, a solas en sus habitaciones, soltó una carcajada. Era la primera vez que se reía en al menos dos décadas. Había pasado tanto tiempo que ni siquiera recordaba cuándo había sucedido realmente y le dolieron las comisuras de los labios, acostumbrados a su eterno gesto impasible y contenido.

«Reír es algo maravilloso cuando tienes una buena razón para ello», pensó Asunta.

Y ella tenía una buena razón. Ibn Ammar había muerto y al-Mú‘tamid estaba sufriendo como nunca antes en su vida.

Para Asunta fue una velada maravillosa.

V. Asunta y el Cid

Asunta conoció a Ruy Díaz de Vivar de forma inesperada. Por el palacio de la Bendición pasaban a menudo nobles cristianos de alta alcurnia y ricos hombres, aunque la mayoría de las veces se trataba de infanzones humildes y de segunda orden que traían noticias de sus reyes, de acuerdos firmados o por discutir, relacionados con peticiones o exigencias de dinero, de esas parias que iban desangrando poco a poco los territorios musulmanes.

Ruy fue uno de los muchos que acudieron en aquellos años a la corte de Sevilla, pero Asunta nunca se olvidaría de él. Desde el primer momento se dio cuenta de que era alguien especial.

Una mañana había salido de la biblioteca del palacio, ubicada en la qubba real, una hermosa sala cuadrada acabada en una cúpula de reflejos dorados. Asunta pasaba muchas horas muertas en aquel lugar, ya que amaba los libros por más que su investigación hubiese concluido incluso antes de comenzar. Seguía leyendo y cultivando su espíritu enfermo por puro placer, sin ningún objetivo didáctico. Y eso le bastaba.

Nada más abandonar la estancia se dio de bruces con un hombre alto, nervudo, de mirada penetrante y una barba muy corta y cuidada.

Era el hombre más bello y varonil que había visto en su vida.

No se enamoró, eso no habría sido propio de aquella mujer devorada por el odio. El odio impide amar y deja un poso tan grande y negro en el corazón que no puede existir más allá del desprecio, y a menudo es espejo del autodesprecio. Asunta, muy en el fondo, se odiaba a sí misma. Miraba a aquella niña del pasado, la que jugaba en un barrio cualquiera de Sevilla ajena al mundo de los soberanos y sus querellas, y querría alargar la mano y tocarla, pero estaba lejos, tan lejos que a menudo le resultaba insoportable seguir viva. La habían convertido en una erudita que no estudiaba nada, en una mujer que odiaba por odiar, despechada del mundo que le había dado cobijo. Pero lo peor de todo es que intuía que si aquello hubiese sucedido en una ciudad cristiana odiaría el cristianismo y lucharía por destruir a sus reyes. Su odio estaba enfocado a destruir lo que la rodeaba, como si de la destrucción pudiera renacer aquella niña a la que le robaron la infancia. Asunta tenía demasiado tiempo para pensar, para

perfilar las aristas de su odio. Si hubiese dedicado todo aquel esfuerzo a buscar una nueva meta, un estudio que no fuese el origen de las palabras «España» y «al-Ándalus», podría haber sido feliz. Pero ella no sabía ser feliz. Ya no.

Levantó los ojos y miró de nuevo al joven, tratando de absorber aquel nuevo sentimiento que en nada se parecía al odio sin razón que movía su vida. Lo cierto es que se sentía atraída por aquel hombre, por su presencia magnífica, por su aire distinguido y a la vez indiferente, por irradiar masculinidad y rudeza en lugar de parecer afectado, pusilánime y dado a los juegos de palabras, la poesía y los oropeles, como la mayor parte de los cortesanos de la Sevilla del rey poeta. Le gustó sobre todo porque hablar con aquel hombre la daba la oportunidad de poner a prueba su conocimiento de la lengua romance castellana.

—¿Quién sois vos? —dijo Asunta—. ¿Que buscáis en este edificio de al-Mubarak, el palacio de la Bendición?

Por la qubba real aparecían pocos extraños, aparte de los poetas que cortejaban a al-Mú‘tamid y a ella misma. La presencia de un guerrero castellano, con su camisa de lino y su gambesón, su cota de malla y un casco alargado en la cabeza, era algo totalmente fuera de lugar.

Ruy sonrió levemente ante la osadía de la muchacha, que probablemente no sabía con quién estaba hablando. Y dijo:

—Estoy aquí por encargo de mi señor Alfonso VI. Tengo por misión cobrar las parias que adeuda la taifa de Sevilla. Has de saber que este año llevan gran retraso y diez mil mizcales de oro no son poca cosa para que el rey de León se olvide de ello. Acerca de mi presencia en este lugar, solo paseaba. No sé dónde me hallo ni quiero saberlo. He llegado tras un largo viaje y, sin tiempo para asearme o cambiarme de ropa, me he encontrado en una sala discutiendo sobre números con prestamistas judíos, que pesan y dirimen sin final la calidad de la moneda entregada. Estaba agotado y quería descansar la cabeza. No hay, pues, misterio en mis actos, señora.

Las taifas musulmanas cada vez eran más débiles. Todas pagaban parias a diferentes reyes cristianos, la mayor parte a Alfonso VI de León, en ese momento el gobernante más importante de la península, tanto que incluso al-Mú‘tamid había decidido pagar antes que tener que enfrentarse de nuevo con sus tropas.

—Me llamo Asunta —repuso entonces una muchacha de ojos azules como el

cielo de la mañana, que contrastaban con un rostro masacrado por una cicatriz que discurría por su mejilla derecha. Ruy pensó que no olvidaría fácilmente a aquella mujer, y el destino haría que no la olvidase.

—Yo soy Ruy Díaz de Vivar.

Todavía no era conocido como el Cid, aunque Asunta sabría más tarde que muchos en la corte lo llamaban el Campeador, pero nunca encontró a nadie que le explicase si tal sobrenombre aludía al hecho de su excelencia en batallas campales, si era un elogio por ser un gran luchador o por haber retado siendo todavía a un adolescente a un soldado veterano a un combate singular (cosa que algunos rumoreaban), pues «campeador» era una palabra de varios posibles significados. Ella, experta precisamente en ese campo, quedó defraudada cuando fue incapaz de descubrir la verdad. De cualquier forma, el Campeador era un noble de alta alcurnia, que formaba parte del séquito de un rey y actualmente ejercía de embajador en la taifa de Sevilla. Eso era conocimiento suficiente, decidió Asunta.

Fuera por todo ello o por el porte extraordinario del joven, Asunta tampoco olvidaría fácilmente a Ruy. Tampoco lo haría nadie en la Bendición, porque pocos días después al-Mú'tamid saldría en traje de batalla junto a sus mejores hombres para guerrear al lado del noble castellano, y lo más curioso es que lo haría contra hombres también del rey Alfonso VI.

He aquí una de las incongruencias más grandes del sistema de parias de las parias. No se trataba en absoluto de una simple extorsión ni de una entrega de dinero a cambio de no ser atacado. El rey que aceptaba el pago mandaba una mesnada para salvaguardar esa taifa de sus enemigos, convirtiéndola en una especie de protectorado, por lo que dos taifas rivales podían tener como «protector» al mismo rey cristiano.

En la vecina taifa de Granada, mientras Ruy Díaz de Vivar cobraba las parias a al-Mú'tamid, se hallaban nobles de Pamplona y castellanos, también al servicio del rey Alfonso, tomando similar pago de Abd Allah ibn Buluggin, bereber zirí y enemigo mortal del rey poeta sevillano. Como era bien sabido, las taifas estaban siempre guerreando entre ellas. En la actualidad, la política expansionista de al-Mú'tamid y el odio enconado que bereberes y árabes se profesaban eran la causa principal de las últimas refriegas.

Abd Allah de Granada convenció a sus nuevos protectores, encabezados por

el primo del rey Alfonso, García Ordóñez, para tomar una pequeña franja de tierra en el límite entre las dos taifas. Cerca de la localidad de Cabra se encontraron los dos ejércitos: por un lado, los árabes y andalusíes sevillanos junto a Ruy y su mesnada de nobles castellanos; por otra, los bereberes granadinos junto a García Ordóñez y su mesnada de nobles castellanos y navarros. Aunque eran superados claramente en número, las fuerzas combinadas del Campeador y al-Mú'tamid infligieron una humillante derrota a sus enemigos.

Y este fue precisamente el origen de las desgracias (y de las aventuras) de Ruy Díaz de Vivar, pues García Ordóñez se convirtió en su enemigo y desde su cercanía al rey Alfonso intrigó en su contra, consiguiendo que lo desterrasen pocos años después. En adelante, el Campeador sería un mercenario sin patria, al servicio de unos y de otros, y fundamentalmente de sí mismo. Aunque recuperaría la amistad con el rey Alfonso, nunca olvidaría que no se podía confiar en los reyes, y siempre buscaría la libertad en sus acciones y sus decisiones. Siempre sería su propio amo y a nadie rendiría cuentas más que a su leyenda, que no tardaría en hacerse eterna.

Asunta no se equivocó cuando vio desde el primer momento en aquel joven algo extraordinario y fuera de lo común, pero sus hazañas no tendrían lugar hasta mucho más tarde. La historia de España y al-Ándalus aún tenía que proseguir su sinuoso camino.

Entretanto, la muchacha que solo sabía odiar prosiguió su vida regalada en la corte de Sevilla, consumida por sus propias obsesiones. Pasaron cinco años y Asunta cumplió los treinta. Al-Mú'tamid envejecía lentamente y, fuera por su presencia constante en el castillo o porque necesitaba a alguien fuera de su círculo con el que sincerarse, el caso es que su esposa Rumaikiyya buscó la amistad de Asunta. Primero fueron algunos paseos casuales en los que descubrieron que ambas odiaban las justas poéticas y toda esa caterva de aduladores y pseudoartistas que acompañaban al rey; luego fueron otras pequeñas cosas del día a día, enfrentamientos con el ama de cría de uno de sus hijos o discusiones maritales por pequeñeces. Llegó el momento en el que la reina la consideró su mejor amiga y confidente.

—Estoy preocupada —le dijo Rumaikiyya cierta jornada en que paseaba por el jardín de las cabezas cortadas y se encontró a Asunta, que como todos los días se hallaba sentada contemplando la cabeza de Omar, su padre, convertida en

calavera. Aún pendía de una de las orejas la leyenda «violó a su hija».

Asunta no respondió. Hacía tiempo que no encontraba una manera de dañar de nuevo a los Banu Abadd y estaba triste. Había convertido el rencor en el centro de su vida y sin nuevas maquinaciones se sentía vacía, tanto como su mirada, reflejo de toda una vida carente de sentido.

—El rey Alfonso está llegando demasiado lejos y mi marido se encuentra desesperado —añadió la reina, sin darse cuenta de la expresión de su amiga—. Ya sabes que hace dos años hizo crucificar al judío Ibn Shalib, el último embajador que fue enviado por el rey cristiano para cobrar las parias. Insultó a mi esposo y lo acusó de entregar monedas de baja ley. Nunca vi a al-Mú‘tamid tan enfadado, tanto que tomó al resto de la embajada como prisioneros y Alfonso tuvo que pagar un gran rescate y entregar una plaza a cambio de sus vidas. Y claro, a partir de ese momento se han desatado los infiernos.

Asunta sabía bien de qué hablaba la reina. El rey Alfonso había tomado la ciudad de Toledo tras un largo asedio para dar escarmiento a al-Mú‘tamid y luego había arrasado las afueras de Sevilla y avanzado hasta Tarifa, la costa misma del Mediterráneo, el límite último de al-Ándalus. Aquello fue una señal de alarma para los árabes de toda la península. La caída de la taifa de Toledo (aunque se respetase la vida de sus habitantes y se les permitiera conservar la mezquita mayor) era un verdadero descalabro desde el punto de vista musulmán. Por primera vez en siglos regresaba a manos cristianas la antigua capital de la España unificada visigoda que reclamaba el clero. ¿La primera señal del fin de los árabes en la península ibérica?

—Es una cosa terrible, mi señora. Pero ¿qué podemos hacer?

—Llamar a los almorávides —dijo la reina, girando la cabeza con tanta violencia que su largo cabello negro golpeó con fuerza su propio rostro. Rumaikiyya tenía solo unos pocos años más que Asunta y estaba en lo más hermoso de su madurez. Morena, de cuerpo turgente y ojos negros como la noche, era la mujer más hermosa de la Bendición—. Nuestros hermanos del norte de África pueden ayudarnos frente a los bárbaros cristianos. Solo ellos serían capaces de derrotar a Alfonso.

Incluso a Asunta, que los asuntos de política le traían sin cuidado (a menos que a través de ellos encontrase la manera de perjudicar a los Banu Abbad), aquello le hizo torcer el gesto. Los almorávides eran tribus camelleras del

Sáhara, monjes soldado fanáticos e incontrolables. Vestían de negro, se cubrían con un velo del mismo color y tenían fama de despiadados. Hacía poco más de veinte años habían fundado Marrakech y no paraban de expandirse desde su nueva capital, resueltos a difundir a cualquier precio su visión del islam.

—¿Qué piensa nuestro señor al-Mú‘tamid de este asunto?

—Él mismo lo ha planteado a sus consejeros. Si no damos un escarmiento al rey Alfonso terminará conquistando no solo Toledo o Sevilla, sino todo al-Ándalus. Además, ha decidido controlar las finanzas de cada taifa con un hombre de su confianza para saber cuánto le puede pagar cada rey. Esa humillación no la podrá soportar mi esposo.

Sin embargo, Rumaikiyya callaba alguna cosa, y Asunta, experta en intrigas, aguardó sabiendo que estaba a punto de sincerarse. Finalmente la reina dijo:

—Pero me temo que si llamamos a Yusuf ibn Tasufin, el emir de los almorávides, nos será difícil impedir que un día regrese por su cuenta. Tiene un ejército numeroso como las arenas del desierto. Si lo animamos a desembarcar se dará cuenta de cuán débiles somos y olerá el miedo como ese buitre de Alfonso. Tal vez llamemos para salvarnos a aquel que acabe por destruirnos.

Asunta comprendió que al-Mú‘tamid estaba punto de tomar una decisión crucial. Acaso estuviera en ese momento en sus estancias privadas redactando una carta al líder de los almorávides que sellaría el destino de su pueblo y el de la península ibérica. La propia Asunta reflexionó largo rato en silencio, delante de la calavera de su padre. Finalmente comprendió que era el momento de intervenir para asegurarse la destrucción de los Banu Abbad.

Así que fue al encuentro del rey luego de consolar a su esposa con palabras vacías. Sabía que al-Mú‘tamid, a su manera, era un hombre sabio. Ya no era el idiota endiosado y pedante de años atrás, sino un gobernante culto y con experiencia que había vivido traiciones y batallas, enfrentándose a varios de los hombres más poderosos de su tiempo. Si lo manipulaba abiertamente como en el pasado se daría cuenta. Corrió demasiados riesgos cuando lo exhortó a asesinar a Ibn Ammar. No podía repetir la misma jugada. Necesitaba una idea concreta, algo básico y sencillo pero a la vez eficaz que convenciese al rey de llamar a los almorávides y de esta forma labrar su ruina. Porque una cosa tenía clara Asunta: aquellas bestias del desierto serían el fin de los Banu Abbad. Habría un enfrentamiento singular y terrorífico del que el rey cristiano saldría vencedor y

Alfonso VI destruiría Sevilla hasta sus cimientos, mas en caso de perder y prosperar los almorávides serían esos monjes fanáticos los que darían muerte a la dinastía abadí, a al-Mú'tamid y a su querida amiga Rumaikiyya. De cualquier forma, Asunta salía ganando.

Luego de reflexionar largo rato sobre la forma de convencer al rey poeta, Asunta se asomó a las habitaciones privadas de aquel mecenas que llevaba manteniéndola desde niña. Al-Mú'tamid la recibió con una sonrisa y la invitó a tomar asiento en un mullido cojín.

Pero Asunta permaneció de pie y dijo sencillamente:

—Si yo tuviera que elegir entre quedarme sentada en ese cojín mientras Alfonso VI se prepara para destruir nuestra amada Sevilla o levantarme y luchar por nuestra tierra junto a unos fanáticos... ¿Tú qué crees que elegiría? ¿Crees que dudaría? ¿Pensaría en el mañana o en el presente?

—La muerte segura hoy o la muerte casi segura mañana a manos de esos que llamas fanáticos. ¿Es esa mi elección?

Esa era precisamente. Asunta se levantó y abandonó la estancia sin mediar más palabra. La semilla estaba sembrada. La petición de ayuda de la taifa de Sevilla llegó a Marrakech, a las manos del emir Yusuf ibn Tasufin.

Un ejército mixto de africanos y musulmanes por un lado, almorávides por otro y las mejores tropas andalusíes de las taifas supervivientes al acoso cristiano se enfrentaron a Alfonso VI en la batalla de Sagrajas apenas unos meses más tarde. Al-Mú'tamid en persona dirigía las tropas de las taifas, que pelearon en primer lugar con los cristianos durante casi un día de combate encarnizado, con miles de bajas para ambos lados. Entonces, en una brillante maniobra, el emir almorávide rodeó a las tropas de Alfonso VI y lo obligaron a batirse en humillante retirada.

El rey cristiano estuvo a punto de morir y fue herido gravemente, tuvo que huir con sus mejores caballeros para salvar el pellejo. Aquella derrota detuvo la Reconquista de golpe. No era el momento de la destrucción de al-Ándalus.

Aún no.

Asunta quedó algo decepcionada por el resultado de la campaña. Los días anteriores a la gran batalla había soñado que Alfonso derrotaba a los musulmanes y pasaba las grandes capitales de las taifas a sangre y fuego, no solo su odiada Sevilla sino también Granada y Córdoba, y eso solo para empezar.

Mas nada había sucedido y al-Mú'tamid había salido reforzado como estadista, saltaba de felicidad por el palacio de la Bendición y recitaba poesía en alta voz, como cuando era un muchacho seducido por las enseñanzas de Ibn Ammar.

Pero aquel fue un triunfo ilusorio. Aunque los almorávides derrotarían en los años siguientes a los ejércitos cristianos en infinidad de ocasiones y los hicieron retroceder hasta el Tajo, que quedó como frontera provisional entre las dos religiones y sus adalides, aunque por un momento pareciera que el rey poeta sevillano podía soñar de nuevo con ser el soberano de todas las taifas, finalmente, tal y como había vaticinado y temido Rumaikiyya, los almorávides se quedaron en la península ibérica, codiciando para sí los territorios de todo al-Ándalus. La profecía de la reina se había cumplido, y Asunta, como siempre en la sombra, pensó que si tenía paciencia aún podría ser testigo de la caída de aquellos malditos Banu Abbad. Pronto su sangre correría por las calles.

Solo era cuestión de tiempo.

* * * * *

Y el tiempo llegó. Los almorávides campaban ya a sus anchas por los antiguos reinos de taifas, provocando pequeños y más tarde grandes conflictos que eran imposibles de atajar en su conjunto. Llegó el momento en que se hizo evidente que en breve tomarían la taifa de Sevilla tras haber sojuzgado Málaga, Jaén, Murcia, Badajoz y también algunas plazas cristianas, pues los monjes soldado no le hacían ascos a nada.

—A pesar de su ascendencia bereber los hombres de Yusuf ibn Tasufin han comenzado atacando a sus primos ziríes —le dijo un día al-Mú‘tamid a Asunta—. No tienen un plan predefinido, se van extendiendo como una plaga. Se parecen a los bárbaros cristianos, pero son mucho más rápidos y crueles. Pronto acabarán conmigo, con mi legado y el de mi familia. Suerte que mi padre ya no está vivo para contemplar este desastre.

—Debes confiar en Alá —repuso Asunta, aunque le temblaba la voz de puro júbilo ante la idea de ver la faz de aquel imbécil que le había robado la infancia colgada en el jardín de las cabezas—. Él será nuestro sostén en la última hora.

—Cuando un hombre reza solamente es que ya se sabe perdido. Yo rezaré las cinco veces prescritas mirando a la Meca y luego lucharé por Sevilla. Sabíamos que esto podía pasar y asumimos el riesgo. Ahora es necesario ser consecuentes con nuestros actos y prepararnos para la batalla.

Todo se precipitó en pocos meses. Hasta tal punto se estaba resquebrajando la península ibérica que Alfonso VI y el rey poeta, hasta ese momento mortales enemigos, acabaron aliados. Al-Mamun, uno de los hijos de al-Mú‘tamid, se enfrentó a los almorávides en Granada. Aislado, presa de la desesperación, llamó en su ayuda al rey cristiano. Alfonso mandó un grupo numeroso de soldados, pero llegaron tarde: el hijo de al-Mú‘tamid había muerto y la plaza había caído. El ejército cristiano, al mando de Alvar Fáñez, fue a su vez derrotado en Almodóvar del Río. Lo más curioso es que la esposa de al-Mamun, Zaida, acabaría casada con Alfonso VI. Tal vez quisiera el destino que el próximo rey de los cristianos y soberano de toda la península fuese medio musulmán y medio cristiano. Pero aquella cuestión era la única en que la desequilibrada Asunta estaba en lo cierto: no habría concordia entre los dos mundos. No lo querían Alá ni el Dios cristiano: el entendimiento no era el destino de España y al-Ándalus.

Así, Sancho, el hijo de las dos culturas, moriría en una nueva derrota de Alfonso VI en la batalla de Uclés frente a Alí ibn Yúsuf, segundo emir almorávide.

Los monjes soldado habían vencido, y la Reconquista tocaba a su fin. De momento. Incluso retrocederían los reinos cristianos ante el empuje de aquellas hordas fanáticas. Era el momento de esperar tiempos mejores y prepararse para el mañana.

Pero ¿qué fue de al-Mú‘tamid?

Poco después de la muerte de su hijo en Granada, en septiembre de aquel mismo año de 1091, los almorávides entraron en Sevilla. No hubo una gran resistencia. Aunque el rey combatió en primera línea (se dice que buscando la muerte), hubo de batirse en retirada ante la superioridad enemiga y acabó siendo capturado. Asunta vagó por la ciudad incrédula, ausente el pillaje por el que eran famosos los guerreros del desierto. No había casas en llamas, ni chillidos de las mujeres violadas, ni aullidos de sus esposos al ser decapitados. Hay quien asegura haber visto a una mujer de unos cuarenta años corriendo desde la Bendición hasta el palacio y la laguna de la Albuhayra, en las afueras, donde el rey poeta había tenido su segunda residencia, aquella a la que viajaba para huir (parafraseando a un poeta del futuro) del mundanal ruido.

—¡Quiero que muráis! ¡Que muráis todos, malditos! —aseguran que repetía una y otra vez la demente, para sorpresa de andalusíes, árabes, judíos, cristianos y almorávides.

La infelicidad de Asunta, el día que había de ser el de su victoria, fue completa. Los Banu Abbad no fueron exterminados. Al-Mú‘tamid, Rumaikiyya y el príncipe heredero ar-Rashid, más buena parte de su familia y unos pocos sirvientes, fueron enviados en destierro perpetuo a Aghmat, la que fuera la primera capital de los almorávides antes de su traslado a Marrakech. Allí harían compañía al resto de reyes de taifas depuestos y otros muchos rehenes de un imperio que no dejaba de expandirse y de dejar cadáveres y exiliados a su paso.

La gente de Sevilla lloraba cuando vieron a su antiguo rey y a su familia cargados de cadenas, subiendo a un navío en el muelle de la Sal. Los poetas escribieron elegías recordando aquel momento y convirtieron en inmortal la leyenda de Al-Mú‘tamid.

Poco se sabe de los pasos de Asunta los tres años siguientes. Tal vez vagara por el nuevo Imperio almorávide de la península o por las bibliotecas de los

monasterios cristianos, o quizá encontrase refugio entre eruditos que la conocían desde niña y no sabían de toda la maldad que emponzoñaba su corazón. Tal vez visitara las joyas del románico, ese arte de formas austeras y pesadas, sus bóvedas de cañón y sus iglesias y monasterios de piedra que proliferaban gracias al Camino de Santiago. ¿Emuló sin saberlo los viajes por los reinos cristianos de su bisabuela Fátima o de su tatarabuela Ailma? ¿Disfrutó de las formas poco naturalistas de la pintura, de los murales de esos mismos monasterios, de las pinturas sobre tabla, de una forma de crear abstracta y sobria, alejada del mundo musulmán y de su esplendorosa magnificencia? ¿Conoció a los gremios de artistas que en pocos años darían vida al pantocrátor de la ermita de la Vera Cruz de Maderuelo o al de San Clemente de Tahull? ¿O a la Virgen de Santa María? Nadie sería capaz de asegurarlo, aunque es bien conocida la vena artística de los Conejos, y se sospecha que visitó estos y otros muchos lugares.

Mas solo se sabe con certeza que estuvo en Valencia en el verano del año 1094. Ruy Díaz de Vivar, luego de servir al rey Alfonso, de ser desterrado dos veces y de combatir al lado de los reyes de la taifa de Zaragoza (la familia hudí que diera asilo a Ibn Ammar), acababa de alcanzar el cénit de su carrera militar. Pocas semanas antes había expulsado a los almorávides de Valencia y se había proclamado señor de la ciudad. Comenzaba a ser conocido con el sobrenombre del Cid (del árabe «sid» o «sidi», apelativo utilizado para reconocer a un alto dignatario o gobernador). Tal vez aquel suceso le recordase a Asunta al guerrero que conoció una vez en el palacio de la Bendición, ese noble apuesto y magnífico que ella supo desde el principio que estaba destinado a gestas extraordinarias. Tal vez aún se sentía atraída por él y una hebra de cordura todavía la dejase pertenecer a la raza humana para sentirse mujer siquiera por un breve instante.

De cualquier manera, el caso es que se presentó en Valencia y pidió una audiencia ante su señor, que se preparaba para la llegada de un poderoso ejército a las órdenes del sobrino preferido del emir Yusuf ibn Tasufin. Habían cruzado el Estrecho desde Marrakech miles de jinetes y de infantes que se iban a unir a las fuerzas andalusíes y otros contingentes almorávides de la península con la intención de acabar con el Cid y su mesnada. Yusuf había dado orden que se trajese encadenado ante su presencia al bárbaro cristiano que había osado desafiarlo.

Ruy se acordaba de ella y de la cicatriz que partía en dos su rostro. Encontró un momento al final de un largo día de preparativos para concederle unos minutos. Estaba reuniendo algunas huestes de jefes militares de los alrededores, cristianos o musulmanes fronteros, que esperaba que lo ayudasen en la siguiente campaña (no era raro que estas milicias defendieran reinos enteros y que se pusieran al servicio, como el propio Cid en el pasado, del mejor postor). Por otra parte, acababa de nombrar al nuevo almojarife y habían hecho planes con el dinero que había disponible, que siempre era menos de lo que desearía. Luego dio orden de explorar la posibilidad de transformar la mezquita mayor de Valencia en una iglesia en honor de santa María Virgen. Esperaba comenzar las obras en cuanto hubiese derrotado al nuevo ejército musulmán que venía a su encuentro. Con todas estas ideas en la mente se hallaba cuando una mujer delgada, vestida con harapos, fue llevada a su presencia. Asunta, cuando estuvo a solas con aquel hombre al que había visto una sola vez quince años atrás, comenzó a hablar a borbotones, como un torrente que había sido por fin liberado.

Le explicó todo lo que había hecho, cómo había luchado en la sombra para destruir al-Ándalus y en particular a los Banu Abbad, que renegaba de su pasado musulmán y ahora se consideraba cristiana. Se presentó como una enviada del destino, de Dios, de Cristo y del Espíritu Santo. Había perdido hasta el último adarme de cordura que le restaba. No, no era atracción lo que sentía por Ruy, pues allí no había mujer sino una arpía, un súcubo sin alma que desgranaba la lista de sus crímenes y se regocijaba en su iniquidad. Los ojos del Cid la contemplaban con una mezcla de asombro y desprecio crecientes, pero ella era ajena al gesto de su interlocutor. Aquel era su gran momento, el de mostrar a un importante caballero cristiano todo lo que había conseguido manipulando desde las sombras el hilo del destino. Hasta ese instante nunca se había jactado de ninguno de sus actos, por eso era tan importante para ella obtener un reconocimiento, tanto mejor si este provenía de alguien a quien admiraba, de alguien a quien podría haber amado si el odio no le hubiese arrebatado su condición humana.

—Sé lo que significan las palabras «al-Ándalus» y «España» —dijo, pavoneándose como uno de aquellos poetas de la corte de Sevilla a los que tanto había despreciado—. La primera contiene un mensaje de paz. La segunda está

relacionada con mi familia, con el clan de los Conejos, y es un mensaje que complementa al primero, pues la unión de ambas solo puede ser interpretada como una señal de concordia, de entendimiento, que podría crear una unión futura entre cristianos y musulmanes. Abderramán III lo vio en sus sueños y yo lo he visto en mis pesadillas, porque esa armonía sacrílega tal vez detendría las guerras, acaso crease una única nación en apariencia más poderosa que ninguna otra en la tierra, pero sería un híbrido entre culturas, una abominación a los ojos de Dios. Yo sé la verdad: han de prevalecer los hijos de Alá o los de Cristo, uno será el vencedor. Yo no quiero un mundo donde coexistan los infieles con los hijos de Jesús, no lo podía permitir, y por eso he destruido todo mi trabajo y el libro *Dos culturas y dos nombres* con las anotaciones de mi bisabuela Fátima antes de venir ante vos, mi señor. España ha de ser cristiana o no será. Prefiero verla arder en los fuegos del infierno antes que permitir que los musulmanes compartan la historia de nuestro pueblo.

Asunta, con el pelo alborotado y ojos de alucinada, continuó hablando de cosas que Ruy no comprendía muy bien, de una vieja querrela entre su familia y otro clan llamado Azagaya, de los fenicios que llegaron a la península y conocieron a sus antepasados, de que el odio formaba parte del sino de los suyos, de que un Conejo nunca daría su brazo a torcer: ganaría o perdería, pero nunca pactaría con sus enemigos. Ese era su don y su castigo. Luego de desvariar sobre sus ancestros y sus crímenes se concentró Asunta en los crímenes del presente, en sus propias vilezas, embustes y traiciones, en cómo había hecho matar a su padre por un crimen que no había cometido, en cómo condenó a su familia al destierro, en cómo planificó la ruina de Ibn Ammar y luego su asesinato a manos del rey poeta, y finalmente se declaró responsable de que los almorávides hubiesen venido a la península.

Cuando acabó tenía la boca seca de tanto hablar, pero se sentía aliviada, como si se hubiese quitado un peso de encima: el peso de años de confabular en secreto, presa de un empeño obsesivo y fatal. El mundo en movimiento que tanto amaban sus antepasados vikingos había derrotado al universo estático de esos árabes engreídos y endiosados, celosos de su espléndida pero en el fondo fatua civilización. Eso pensaba Asunta, sintiéndose feliz como nunca antes en su vida.

Los ojos del Cid echaban fuego. Estaba agarrado al reposabrazos de su sitial y sus dedos se hundían en la madera como si pretendiera astillarla. Aquella

mujer malvada y execrable le estaba explicando con el orgullo que mana de la estupidez (de aquellos que viven en los libros y no en el mundo real) que era una traidora a su señor; que había sido la instigadora de la muerte de hombres valerosos y buenos (Ruy respetaba a Ibn Ammar desde el día en que lo viera jugar y ganar con prestancia cierta partida de ajedrez con Alfonso VI que evitó una guerra); que había cimentado la enemistad entre hombres que eran como hermanos, como el propio Ibn Ammar y al-Mú'tamid; que había traicionado a los que la habían cuidado desde niña y no sabía cuantas más ignominias y oprobios, como destruir a los de su propia estirpe, a su propia familia, que sin duda solo querían lo mejor para ella y aceptaron que tuviera la mejor educación en un lugar privilegiado como el palacio de la Bendición.

Y la muy necia le hablaba además de un país extraño, España, que ni él ni nadie conocían en verdad. Él sabía lo que era el reino de León, el de Navarra o el condado de Barcelona, había luchado a favor de unos y de otros, en nombre de terceros, de sí mismo o de las propias taifas. La idea de un Estado único estaba tan lejos de su pensamiento que tal vez ni siquiera lo entendiese. O tal vez puede ser que pensase en aquel momento en cualquier otra cosa, que la bilis dominase sus emociones, que aquel ser inmundo que tenía ante sí y que le pareció el peor que había conocido en su vida le impidiese razonar por completo (y eso que acababa de mandar torturar, apedrear y luego quemar vivo a su viejo enemigo, el cadí Ibn Yahhaf). El caso es que los crímenes del cadí le parecieron poca cosa comparados con los de Asunta. Se alzó y echó mano a su famosa espada Tizona para cortar la cabeza de la arpía.

Pero la hoja se detuvo a un centímetro de su cuello. Asunta comprendió entonces el peligro en el que se hallaba y cayó de rodillas, incapaz de comprender la razón por la que Ruy, en lugar de premiarla, quería darle muerte.

—Todo lo que habéis aprendido de los libros no os ha valido de nada, pues sois la mujer más ignorante de ambos universos, cristiano y musulmán —dijo el Cid, respirando fatigosamente, tratando de recuperar el control de sí mismo—. ¿Creéis que a los obispos les importa lo que significa realmente España? Aunque pudieseis probar más allá de toda duda que estáis en lo cierto, España significará lo que ellos quieran que signifique y nada más. Tal vez por eso no se conoce a ciencia cierta de dónde proviene, ya que no interesa a nadie la verdad. ¿No adivináis la causa? Esa palabra es un instrumento para reconstruir esta tierra, no

algo que deba ser explicado. Vuestra ciencia no ha descubierto nada porque no hay nada que descubrir. No habéis quemado nada de valor más que el trabajo de toda una vida: la de vuestra bisabuela, una persona más a la que habéis traicionado por nada. Porque nada vale cuanto habéis estudiado, hecho, maquinado y escupido con vuestra lengua bífida durante vuestra desgraciada existencia.

Si el Cid hubiese sido un gran orador, alguien docto, un sabio o un alfaquí, le habría explicado que los sueños de Isidoro de Sevilla eran solo eso: sueños. Que la España de la que hablaba en sus escritos era más una abstracción que algo real, por más que los visigodos controlasen en el pasado la península ibérica y la Septimania. Ni entonces ni en la hora del Cid nadie podía delimitar aún a sus habitantes en un solo vocablo. La palabra «España» la habían usado a menudo los gobernantes de los reinos cristianos para designar precisamente la parte de la península conquistada por el islam, llamándola *Isbāniyā* (arabización de España) y el emir de Córdoba había firmado en más de una ocasión como «Rex Hispanie» o rey de España. A veces era a la inversa, pues los musulmanes utilizaron también la palabra «*Isbāniyā*» para referirse al territorio de al-Ándalus que no estaba en su poder. Aún faltaba tiempo para que el vocablo evolucionase para designar a la totalidad de los reinos cristianos, pues antes se identificaría con los territorios de cierto reino, o de varios de ellos, para acabar popularizándose con la unión dinástica de Castilla y Aragón. Las palabras no significan sino lo que queremos que signifiquen, en eso no diferimos de los obispos. España no era nada aún, pero terminaría siéndolo y entonces sería una palabra poderosa, sonora como ninguna otra, y al oírla temblarían las naciones de todo el orbe.

Ruy Díaz de Vivar, el Cid, acaso no fuera capaz de decir todo esto, pero sí de contener en su corazón las emociones asociadas a estas ideas y de ser un icono para los españoles del futuro aunque él, a nivel consciente, no lo fuese aún. Así de increíble, de interpretable y de paradójica es a menudo la historia del hombre. De cualquier forma, Ruy no podía dejar sin castigo a una mujer que presumía de ser la causante de la llegada de los almorávides. Si bien él sabía de sobra que los demonios del desierto habían venido llamados por otras taifas aparte de la de Sevilla (la de Badajoz también había requerido su presencia, y de no haberlo hecho otras se hubieran sumado) y era consciente de que Yusuf ibn Tasufin y sus

bereberes habrían acabado por invadir al-Ándalus como habían hecho con todos los territorios limítrofes, no dejaba de ser verdad que la muchacha había precipitado los acontecimientos y acaso provocado la muerte de muchos hombres buenos, caballeros cristianos, árabes y andalusíes. Así que regresó a su sitio, suspiró hondamente y terminó de serenarse. Había cumplido ya cincuenta años y sus sienes clareaban, incluso había alguna hebra de plata en su poblada barba, pero se sentía lleno de fuerza y de pasión; no en vano se hallaba en la cúspide de su existencia, ante el mayor de sus logros personales. Era el héroe que sería encumbrado en el Cantar de mio Cid unas décadas más tarde (una de las joyas de la historia de la literatura española), era el hombre que derrotaría en pocos días no solo al sobrino del emir de los almorávides, sino a cuantos ejércitos le mandasen a Valencia en años sucesivos, siendo el primero que los aplastaría en batalla campal y que demostraría que no eran invencibles.

—Ya no haréis más daño, arpía —dijo entonces Ruy, que acababa de encontrar la manera de impartir justicia—. Ya no traicionareis más a vuestro señor con esa lengua viperina. Podéis estar segura de ello.

Una semana después una caravana llegaba a Aghmat, a una jornada de viaje hacia el sur desde Marrakech, muy cerca de la cordillera del Atlas. Llevaba provisiones para los prisioneros y antiguos reyes de las taifas. Al-Mú‘tamid y Rumaikiyya se alegraron mucho cuando descubrieron que una vieja conocida se encontraba entre los viajeros y descendía de uno de los camellos.

—¡Querida amiga, cuánto tiempo sin verte! —Y añadió al ver que Asunta callaba—. Para mí será un placer volver a tenerte en mi casa, aunque sea mucho menos lujosa que antaño.

Volviéndose, Rumaikiyya llamó a voces a ar-Rashid, su hijo mayor y quien debería haber heredado la taifa de Sevilla si los Banu Abbad aún la conservasen. Este se hallaba tocando el laúd, instrumento del que era un virtuoso, y una tonada hermosa y lánguida llegaba desde el interior de la vivienda. El otrora príncipe apareció poco después y se le iluminó el rostro al reconocer a Asunta, pues la conocía de toda la vida y en la corte todos la apreciaban.

—¡Llama a tus hermanos, vamos! —dijo Rumaikiyya.

La reina abrazó a Asunta como si fuese una hermana, y entonces añadió:

—Pero dime, habla, ¿cómo has llegado hasta aquí? ¿Querías acompañarnos en nuestro exilio o has sido condenada por el emir ibn Tasufin o alguno de sus

lacayos?

Pero Asunta no podía hablar. Un cirujano de Valencia le había cercenado la lengua. Aquel era su castigo. Tal y como había dicho Ruy Díaz de Vivar, el Cid Campeador, no volvería a intrigar contra sus amos con su lengua viperina; es más, su destino estaría ligado al de ellos en su hora final y para siempre. El Cid había intercambiado unos prisioneros bereberes a cambio de asegurar el traslado de Asunta al norte de África. Sabía que los almorávides temían que los Banu Abbad y sus seguidores, que seguían siendo muchos en toda el área andalusí, se levantaran contra ellos o causasen problemas en su retaguardia mientras ellos seguían intentando su expansión hacia el norte de la península. Sin ir más lejos, uno de los hijos del rey poeta llevaba tiempo haciéndoles la guerra en la zona de Cádiz y sus alrededores. No tardaría el sabio, astuto y cruel emir almorávide en segar la vida de los cautivos, fuera de forma directa o indirecta.

—¡Asunta, mujer! ¡Dime algo!

Pero ella, incapaz de responder, se limitó a devolver el abrazo a Rumaikiyya hasta dejarla casi sin aliento.

Y rompió a llorar.

* * * * *

—¿Qué es más poderoso, el amor o el odio? ¿Cuál es el verdadero motor del universo? ¿Realmente hay un motor, un ingenio o artificio que guía el sendero de los hombres?

Eso preguntó Rumaikiyya a sus invitados apenas seis meses después. Se hallaban en el salón de su pequeña vivienda, sin dinero y sin apenas comida. Los Banu Abbad vivían pobremente en los arrabales de una fortaleza que los tenía prisioneros, pero no dejaban de escribir poesía (al-Mú‘tamid crearía sus mejores versos en Aghmat), de tocar sus instrumentos, de disfrutar del arte y de seguir viviendo un remedo de la vida que tantos momentos inolvidables les había regalado. Aquella noche los acompañaba su vecino Abd Allah ibn Buluggin, antiguo rey de Granada, también exiliado con su familia y algunos criados. Una vez ambos reyes habían luchado el uno contra el otro en Cabra, en la batalla en la que el Cid comenzaría a escribir su leyenda, pero todo aquello quedaba tan lejos que parecía que le hubiera pasado a otros.

—¿Qué es más poderoso, el amor o el odio? —repitió Rumaikiyya, intentando comenzar una conversación erudita, una de esas en las que durante horas exponían sus puntos de vista y disfrutaban de una sobremesa eterna hasta que se ponía el sol.

—El amor es el motor del universo —dijo sin dudarlo ar-Rashid.

—Estoy de acuerdo —convino Abd Allah, que desde su destierro se había dedicado a la tarea de cronista y se hallaba embarcado en una obra capital sobre la historia del reino de Granada.

—El odio no puede ser instrumento sino de más odio —opinó el poeta Ben al-Labanna, que estaba de visita y había traído como obsequio la más hermosa elegía a su antiguo mecenas (considerada a día de hoy lo mejor de la lírica hispanomusulmana de todos los tiempos). Al-Mú‘tamid, al que no le quedaba ni un solo dinar para pagar tan gran obsequio, solo pudo ofrecerle un pequeño trozo de tela tejido con donaire por su esposa.

—¿Nadie cree que sea el odio ese motor invisible de los actos de los hombres o de las naciones? —inquirió la antigua reina de Sevilla.

Todos pensaban por supuesto en los almorávides, fanáticos sunitas, que interpretaban el Corán desde el rigor de la escuela malikí, lo que los invitaba a

odiar y a conquistar incluso a sus hermanos musulmanes, pues detestaban a todos los que no fueran como ellos. Tal vez por eso había sacado el tema Rumaikiyya, pues sabía que todas las conversaciones acababan convergiendo en su situación actual. No podía ser de otra manera.

Al-Mú‘tamid, que iba a intervenir para dar su opinión, vio que Asunta se incorporaba y le entregaba un trozo de papel. En aquellos meses se había convertido en la sombra de su esposa, a la que seguía a todas partes y cuidaba como una madre. Rara vez pedía nada, pero cuando necesitaba algo lo escribía en pequeños pedazos de papel que llevaba siempre encima. Solían ser frases cortas y cotidianas («hambre», «sed», encargos o trabajos pendientes o por hacer), pero esta vez su escrito era algo muy diferente.

—El odio es el verdadero motor del universo —leyó el rey destronado—, aquello que cambia las cosas, las destruye para que vuelvan a renacer. Pero el odio en sí mismo no vale nada, pues el amor es lo único que importa y lo que da sentido a nuestra existencia. Sin el amor no somos nada. Aquel que vive en el odio y para el odio es como si jamás hubiese existido. Yo, aunque no lo creáis, lo sé mejor que nadie en este mundo.

Aquellas líneas emocionaron a al-Mú‘tamid, que pensó como todos que Asunta se refería a un odio privado contra los almorávides que la habían mutilado (Asunta nunca explicó lo que le había sucedido en realidad ni les habló del Cid). Conmoverlo, recitó un poema que había escrito aquella misma jornada. En él reclamaba precisamente la búsqueda de la felicidad aun en los malos momentos como aquel que vivían. El amor de su familia y la remembranza de los años felices que pasaron en la Bendición... Eso nadie podría arrebatárselo a ninguno de los presentes:

*Resígnate a tu suerte en este mundo,
no importa cual fuere.
Consuela tu alma si dejaste la patria.
Dios compensa todo cuando se perdió en el pasado.
Que tu corazón conozca el sosiego y la fe.
Siempre que un recuerdo maravilloso del pasado te asalte,
¿acaso derramarás lágrimas en torrentes sobre tus mejillas?*

Una semana después los exiliados se esfumaron de la historia y de las crónicas de la época. Aunque las fuentes no son claras, se sabe que murieron Rumaikiyya y al-Mú'tamid, así como Abd Allah de Granada, sus familias y su servidumbre.

Todos desaparecieron sepultados bajo las arenas del desierto, esas arenas turbulentas y sinuosas de las que ahora eran señores los almorávides.

FIN

La novela que acabas de leer es una de las 11 que componen ESPAÑA, LA NOVELA. La historia de España a través de la familia de los conejos desde el principio de los tiempos.

No te la pierdas. Disponible en formato digital en un único tomo.

TAMBIÉN EN EBOOK

LA DAMA DEL AMAZONAS

- Aventuras, acción, misterio y una mujer que luchó hasta más allá de cualquier límite.
- La más grande historia de amor del siglo XVIII.
- Y tal vez la más grande de todos los tiempos

- Las obras de Teresa Ortiz-Tagle se centrarán en descubrir mujeres a lo largo de la historia, heroínas que realizaron grandes gestas y han sido olvidadas con el paso del tiempo.

YA A LA VENTA